

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 272.

Administración general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Mujeres de la India; grabado. — De la influencia de la religion en la mujer. — Romance. — Los patinados;

res; grabado. — Baile en el palacio de las Tullerías; grabado. — Revista de Paris. — Una cruzada contra el traje femenino. — Las fiestas reales en Berlin; gra-

bado. — Revista de la moda. — Curiosidades inglesas; grabados. — El rio de Canton; grabado. — Novelas rusas. — La primavera; grabado.



Mujeres de la India. — Copia de una pintura traída de la India por el principe Soltikoff.

De la influencia de la religion en la mujer.

Si quereis moralizar la sociedad y mejorar la educacion, formad las mujeres.

(MME CAPMANI, á Napoleon I.)

I.

Muchos detractores tiene y ha tenido en todos tiempos la mujer, y no es tampoco corto el número de plumas que se ha empleado en su defensa, ó á lo menos, en su disculpa.

Entre los primeros se cuentan algunos que, víctimas sin duda del talento ó de las astucias de esta débil mitad del género humano (fuerte muchas veces en la maldad y en el disimulo), censuran á la mujer en general y la calumnian en la ceguera de sus resentimientos.

Entre los segundos, no pocos la defienden por espíritu de contradicción ó por parcialidad.

Si observásemos á unos y otros con detencion, encontraríamos que los acusadores son seres descreídos que han perdido ya todas las ilusiones que hacen amar la vida; y que los paladines son ciegos enamorados de alguna bella y virtuosa jóven.

Sin embargo, ni unos ni otros se han detenido á reflexionar jamás cuál es el medio de hacer buena á la mujer, ó de contenerla y corregirla si nace, por desgracia, con malos instintos.

La mujer, para el hombre en general, es una linda planta que divierte sus ojos con su hermosura en tanto está cubierta de flores, y que le hastia, despues que el tiempo ó los vendabales se han llevado sus aromadas galas.

No obstante, los vendabales de la existencia humana son las pasiones, y las pasiones de la mujer son atizadas en vez de ser contenidas por la mano protectora del hombre.

II.

— Si quereis moralizar la sociedad, formad las mujeres, dice Mme Capmani en sus cartas á Napoleon I.

— Si quereis formar buena á la mujer y adornarla de virtudes, grabad en su alma las dulces verdades y santos preceptos de la religion, dice Mme de Genlis en su tomo de conversaciones dedicado á su educanda la jóven y amable princesa Eugenia Luisa Adelaida de Orleans.

En la segunda de estas máximas explica la condesa de Genlis el modo de poner en práctica la que la antecede; para formar la mujer es necesario hacerla religiosa ante todo.

La virtuosa aya de la princesa de Orleans patentizó bien claro cuánta es la influencia de la religion en el alma tierna y apasionada de la mujer, en la educacion que dió á aquella niña, vástago real de un tronco herido. Mlle de Orleans, que habia aprendido con preferencia á todo á respetar la voluntad de Dios, soportó con heroica paciencia todos los trabajos y desgracias de la proscripción, y todas las miserias de una existencia errante y perseguida. En la ciudad de Brengartem y en su convento de Santa Clara, donde habia sido acogida por los buenos oficios del general Montesquieu, se vió cercana á morir, lejos de su familia y amigos, y devorada por los pesares de muchos meses de expatriacion, fruto de las convulsiones políticas del año 1792.

Cuando sus desgracias empezaron, toda ella no contaba la princesa Eugenia Luisa catorce años y ya habia cumplido treinta y siete cuando pudo cobijar su fatigada cabeza bajo el regio techo de sus padres: siempre buena y amante, fué la compañera de destierro de su hermano mayor el duque de Chartres, y cuando este fué coronado con el nombre de Luis Felipe, Eugenia Luisa siguió siendo el consuelo de todas sus aflicciones.

No obstante, las que ella habia padecido, aunque con tan admirable resignacion, dejaron en su alma una incurable melancolia, y solo fué alegre su sonrisa cuando vió abrirse la gloria, donde la esperaba para recibirla con la corona del martirio, aquel Dios que la hizo pasar por tan duras pruebas y á quien ella habia amado y respetado tanto.

Raros son, en verdad, en nuestros dias esos modelos de virtud y de resignacion: si existen, se ocultan vergonzosamente á las miradas de la multitud, por temor de que esta los hiera con sarcasmos.

Y sin embargo, en tanto que la religion no despliegue su estandarte santo sobre nuestras cabezas, no hay virtud posible, ni sociedad bien organizada; y para conseguirlo, creedme, madres de familia, es preciso que alisteis á vuestras hijas desde que nacen bajo esa cándida bandera de paz y de esperanza.

La mujer es la que forma la sociedad, porque de la mujer nace el hombre y de ella recibe su primera educacion: ya lo he dicho en otra ocasion y no me cansaré de repetirlo: una buena y religiosa madre es el mentor de su hijo y ejerce sobre él una influencia ilimitada en todas las épocas de su vida.

Con dificultad se encuentra un hombre desalmado que tenga por madre á una mujer religiosa y por consiguiente buena, porque la religion es la fuente de donde nacen la verdadera bondad y todas las virtudes.

La madre religiosa á quien el cielo ha dado la desgracia de tener un hijo malvado, le enseña con el ejemplo, que es la mas eficaz de todas las lecciones cuando la correccion se ha hecho inútil para el endurecido corazon del culpable: ruega por él al cielo, y ofrece á Dios todos sus dolores en satisfaccion de las culpas de su hijo; y no pocas veces se han visto conversiones repentinas que nos han admirado, y cuya causa verdadera han sido las súplicas de una madre á la Madre Santísima de Dios.

Si el Criador, por uno de sus altos fines, niega la luz de la gracia al hijo descarriado, la virtud y religiosidad de la madre amenguan siempre la acrimonia con que el mundo condena en su severo egoismo todo lo que es culpable: quizás por la madre se compadece al hijo, y por la madre se le ahorran infinitas humillaciones que acabarian de desenfrenarle.

Porque es tambien una verdad innegable que la intolerancia é imprudente severidad de la sociedad en que vivimos, exaspera á los indoles y naturalezas que nacen débiles ó viciadas, pero que están muy lejos de la depravacion.

Tu sola, ¡oh religion santa y bienhechora! eres la dulce, indulgente y cariñosa madre, que perdonas todas las debilidades del género humano, y enjugas las lágrimas que hacen derramar con los anchos y sagrados pliegues de tu manto.

III.

Si cada madre enseñase á sus hijas, no bien despuntase la luz de su razon, á conocer que hay un Dios, creador de todo cuanto existe, la primera idea que se grabaria en sus tiernas almas seria grandiosa y elevada: el primer sentimiento de sus infantiles corazonces seria un sentimiento de gratitud y de cariño hácia el Ser bienhechor que cuida de todo aquello que aman y les agrada.

Cada niña (porque á las mujeres me refiero en este escrito) cada niña nace con algun sentimiento bello, porque no hay tierra tan estéril que solo ortigas produzca: muchas nacen dotadas de mil hermosas cualidades, y aun concedo que algunas tengan igual número de defectos. Pero no hay una sola á la cual no se la pueda imprimir, casi desde que nace, una idea sublime, y por decirlo así, exacta de la religion.

A la que nace, por ejemplo, compasiva, hágasela entender que Dios cuida de los pobres y nos manda á todos darles lo que nos sobra, enséñesela con el ejemplo y con la práctica á dar pequeñas limosnas y á sacrificar alguno de sus caprichos y diversiones para este fin: á la que está dotada de un corazon amante y afectuoso, désela á conocer tan pronto pueda comprenderlo, que Dios murió por nosotros y que se dejó enciavar en la cruz para librarnos de los tormentos eternos.

Criaturas hay que, como antes dije, nacen dotadas de tan bella índole y de un carácter tan generoso y tierno, que la religion se imprime en su alma sin trabajo alguno, porque el espíritu de esas almas es la religion misma: dígalos si no la jóven Aura, hija de Sevilla, que nació cristiana, siendo sus padres fanáticos servidores de Ismael: aquella alma cándida bajó del cielo al mundo, trayendo tan firmemente esculpida la fe religiosa, que ni los tormentos del martirio pudieron oscurecer por un instante sus santos y purísimos resplandores.

Hoy existen tambien martirios para esas almas aunque se haya extinguido la raza feroz é idólatra de los emperadores romanos: martirios que son quizás mas dolorosos, pues que siendo oscuros y desconocidos no alcanzan por fruto, como aquellos, la conversion de los que los presenciaban.

No es tampoco corto el número de las niñas que nacen egoistas y de escasa sensibilidad; pero esas criaturas tienen en su propio egoismo un instinto que las hace amar todo aquello que aumenta sus placeres: decidias que los dulces que halagan su golosina, que los trajes que las engalanan los deben á Dios, y que Dios las ha dado igualmente el lecho en que duermen, el fuego que las liberta del frio, las frutas que deleitan su paladar y la madre que las acaricia.

Es indudable que al reconocer las ventajas de estos beneficios se grabará un sentimiento de gratitud en esos tiernos corazonces; y la gratitud es la puerta por donde pasan todas las virtudes, pues ella conmueve todas las fibras del alma, y el ser que la ha probado una vez, la ansia siempre como un manjar del espíritu que nada puede reemplazar.

¡Madres de familia! ¡Desde el instante en que inoculeis un principio religioso en el corazon de vuestras hijas, habeis cumplido la parte mas ardua y de mas severa responsabilidad de vuestra sagrada tarea! ¡No bien sembréis en él la hermosa planta de la religion, pedid á Dios que profundice sus raíces, y empleando un poco de esmero en cuidarla, es seguro que pronto recogeréis riquísimos y ópimos frutos!

IV.

Nada he visto mas dulcemente poético, mas tierno y que ejerza mas atractivos, que la adolescencia religiosa: mas de una vez me he detenido detrás de una jóven, que no llega á diez y seis años, y que oye misa en una pequeña capilla donde yo suelo ir tambien.

Esa jóven, á la que acompaña una señora de una mediana edad, reza, despues de haber cumplido el santo

sacrificio, á los piés de una imagen de María, y yo creo que un lazo de amor une á la Reina del cielo y á esa niña tan tierna y melancólica que mora en la tierra.

— Yo compadezco, dice mi amiga Carolina Coronado en la novela que lleva por título *La Sigea*, yo compadezco en el fondo de mi alma á las ignorantes é insensibles mujeres que no comprenden la majestad de la Virgen María, y que no sienten hácia ella el entrañable amor que mantiene puras á las doncellas, que hace castas á las esposas y tiernísimas á las madres. Si hay para la mujer una amistad verdadera, que pueda consolarla de las innatas pesadumbres de su condicion, si hay una proteccion segura que la libre de las malas pasiones, esa es la amistad y la proteccion de la Virgen María. La vanidad, la inmodestia, el egoismo, la dureza del corazon, la frialdad del alma, son el castigo de las que no comprenden ni aman á la Madre de Jesus.

Indudablemente la jóven á que aludo comprende y ama á la Madre de Dios: indudablemente, su madre la ha hecho el inestimable beneficio de enseñarla á conocerla y amarla: pero ¿qué culpa tienen de carecer de este bien aquellas con quienes nadie se ha tomado semejante trabajo? Si la vanidad, el egoismo, la inmodestia y la dureza de corazon son el castigo de las pobres criaturas que no conocen la dicha inestimable de amar la religion, ignoro yo qué castigo reservará Dios para las madres que no enseñan á sus hijas lo que deben saber.

— Esas madres, me contestará quizá alguno de los defensores sin seso de la mujer de que antes hablé, esas madres no aprendieron tampoco á su vez lo que pretendéis que enseñen á sus hijas.

¡Ay! ¡Demasiado lo sé! Y por eso quisiera que mi voz fuese bastante robusta y mi pluma bastante autorizada para imponer á la sociedad como ley un deber, sin cuyo cumplimiento no hay felicidad posible en la tierra.

Vosotros, detractores de la mujer: vosotros, que acusais su vanidad, su coquetismo, su falsia: examinad su índole y sus sentimientos con detencion antes de condenarla, y vereis como casi siempre tiene la culpa de sus faltas el descuido de su educacion.

Vosotros, fervorosos admiradores de las gracias del sexo bello; vosotros que le defendeis por el prestigio que su belleza material ejerce; reflexionad que esas ventajas son efímeras, y que cuando hayan pasado, cuando yazgan sepultadas bajo la nieve de las primeras canas, se tornará en aversion para ellas vuestro cariño, y en sarcasmos las vanas lisonjas de que antes las habeis rodeado.

Y para vuestro propio bien, procurad moralizar á la mujer en vez de precipitarla en el abismo de las pasiones: vuestra inteligencia robusta puede guiar la suya débil y vacilante, y vuestro amor puede conducirla por la senda de la religion y del deber.

Buscad, para confiarla vuestra dicha, á una jóven educada con sólidos principios religiosos, seguros de que os hará felices; pero si os toca en suerte una de esas mujeres educadas á la moda, imbuida esas saludables máximas que son la base de todo bien, y que os será muy fácil inculcarla, porque estareis rodeados de ese admirable prestigio que presta el amor, pues no debeis olvidar que la mujer recibe la segunda y mas sólida educacion de su marido, y que no pocas se han visto enteramente trasformadas despues de haberse unido al hombre á quien amaban.

V.

El amor y la religion forman un lazo tan estrecho en el alma tierna y apasionada de la mujer, que se puede decir con verdad que constituyen un solo sentimiento para ella: su religion es el amor, y su amor su religion: al amor sacrifica todos sus demás afectos, y el amor la inspira muchas veces acciones sublimes: su heroismo, su abnegacion son siempre originadas por el amor, pues el amor, á mi modo de ver, no está circunscrito á un solo objeto ó persona: una mujer apasionada ama ardorosamente á sus padres, á su esposo, y antes que á estos seres amará á su religion si la hacen conocer lo que vale.

¿Qué corazon de mujer no se conmueve á la vista de un Crucifijo? ¿Qué no dice á su corazon la vista de ese Dios, todo amor, que agoniza entre tormentos por nosotros? Ese poema sublime es elocuente siempre para la mujer.

Así, rara vez se ve que una mujer religiosa sea mala hija, mala esposa ó mala madre: rara vez una mujer religiosa ostenta ese coquetismo que tanto rebaja la dignidad de su sexo: rara vez deja de cumplir bien, gustosa y fielmente con los deberes que la imponen su condicion y estado: rara vez falta al decoro que es su adorno mas precioso.

La mujer religiosa es buena, dulce y consecuente; y si alguna vez se deja llevar de uno de esos raptos, hijos quizás de la excesiva viveza de su imaginacion ó de su carácter, se enmienda tan pronta y noblemente que las ofensas que haya podido causar se olvidan con la mayor facilidad.

La mujer religiosa es ese tipo suave y poético que FERNAN CABALLERO ha sabido comprender y retratar como nadie: es esa esposa dulce, digna y resignada, esa madre tierna y previsora, esa hermana amante é indulgente, esa hija obediente y sumisa: la mujer religiosa tiene casi siempre hermosa y elevada el alma, sensible y tierno el corazon, y la imaginacion poética

y armoniosa, porque el cristianismo eleva todas las facultades intelectuales: la mujer religiosa honra todas las condiciones de la vida, y es para mí tan admirable cubierta con el vestido floreado de la aldeana, como ataviada con las ricas galas de la mas encumbrada nobleza: la mujer religiosa en fin, puede á mi ver lo mismo leer un libro devoto, que escribir un poema, siendo siempre igualmente admirable.

Si todas las mujeres fuesen religiosas, la literatura en la mujer seria un bien inestimable, en vez de ser un mal, como con razon se juzga hoy: entonces nadie podria escribir con tanto fruto como la mujer, pues solo á ella le es dado hablar al corazón con esa elocuencia persuasiva que de él nace: entonces sus obras serian provechosas como ningunas, pues comprendiendo los que las leyeran el espíritu que las habia dictado, se aprovecharian de las lecciones de sana moral que necesariamente habian de encerrar.

Mas ¡ay! que en el dia cada libro cristiano que nace, se relega al olvido como *pesado é insoportable*. Educada la mujer con esa ligereza que hace mas versátil su carácter y sus gustos, desecha para su mal todo aquello que podia elevar su inteligencia y corregir sus costumbres. Miles de poetas y poetisas lloran pesares imaginarios en sus volúmenes, en tanto que desdeñan de leer ó pasan con indiferencia la vista por aquellos que pudieran consolar las verdaderas penas de que está sembrada su vida. Y luego se creen ser superiores y adoptan ese aire de vanidad y de suficiencia, que parece inseparable á la literatura de la época, y se llaman poetas con la mayor candidez. ¡Oh, cuánto os engañais! El genio es un destello de Dios, y solo puede poseerle la criatura capaz de comprenderle y amarle. Los que escribis sin pensar en Dios, no teneis, no, ese destello luminoso. Vuestras obras morirán poco despues de nacer, porque el mismo Dios, á quien desconocéis, las hundirá para siempre en la sima sin fondo del olvido.

VI.

Debo desengañar ante todo al que leyese estas líneas y pudiese creer que yo confundo los sentimientos religiosos con las prácticas ridículas de la *beatería*.

Solo las almas débiles y bajas pueden confundir el espíritu grandioso de la religion con los hábitos estúpidos de una devoción exagerada, del mismo modo que únicamente un ciego puede confundir el oro con el cobre.

La ley de Jesucristo es tan grande y hermosa que no exige sacrificio alguno superior á nuestras fuerzas: reduce á dos preceptos: *á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos*.

¡Ah! ¡con cuánta facilidad y placer puede llenarlos un alma tierna y bondadosa! ¡Cuán dulce es, cuán grato, amar á ese Dios, todo amor y misericordia!

¡Cuán consolador es amar y socorrer en lo posible á nuestros hermanos!

Ninguno de estos preceptos está acorde con esas absurdas preocupaciones que vemos todos los dias: mujeres hay que, por oír dos misas diarias, abandonan á su marido enfermo ó á sus hijos pequeños y delicados: ancianas he visto que se pasan, en medio del invierno, el dia entero de hincos sobre el mármol de una iglesia destruyendo su salud: hombres *santurriones* existen, que rezan cuotidianamente todo el catálogo rutinario de sus devociones, sin pensar siquiera en lo que dicen con tal que sea muy respetable la cantidad de sus palabras: no obstante, todos estos seres no suelen ser los mejores ni la fama de los demás está muy segura de su maledicencia.

Dios no quiere exterioridades, y la verdadera religion consiste en que todos cumplan bien las obligaciones que respectivamente les impone su estado, y en hacer el mayor bien posible consolando al que padece.

Las supersticiones debilitan el espíritu y tornan huano al mejor y mas apacible carácter.

La religion da dulzura, tolerancia y hace buenos, generosos y amables á los seres que la practican y comprenden.

Yo he visto un retrato de Alfonso de Lamartine que parecia sentado delante de su escritorio con la pluma en la mano y pidiendo al cielo inspiracion para escribir: el genio sublime que se ve radiar en las facciones del gran poeta, dice bien claro que Dios le otorgaba el don que le pedia.

Y el genio del inmortal autor de *Rafael* fué desarrollado, formado, por decirlo así, por su buena y santa madre: oigamos, si no, al mismo Lamartine en un párrafo de su *Curso familiar de literatura*.

«—Veia á menudo á mi madre en su cuarto, dice, inundado por el sol, en que reposaba los domingos, despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, ó se entregaba á sus labores femeninas los demás dias de la semana; y al anocheecer, cuando habia depuesto la aguja, la observaba tomar de una mesita junto á su lecho un tomo de devoción, que le venia de su propia madre. Su fisonomía, de comun tan franca y expansiva, mudaba de expresion, y se recogia como la luz de la lámpara, que protege encorvada la mano contra el viento, que hace vacilar su llama y amenaza apagarla. Como me era notorio este género de expresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una persona ausente, en términos que, sin necesidad de

aviso alguno de su parte, guardaba yo el mayor recogimiento y respetaba su lectura.»

«De este modo llegué á vislumbrar que existia en estos libros, hojeados por las piadosas manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual, mediante ciertas páginas que contenian secretos superiores á mi edad, el ser que oia llamar Dios, conversaba con ciertas personas privilegiadas y estas con Dios.»

«Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se fundió luego en mi mente con una atmósfera de santidad que parecia envolver á la santa mujer á quien debo la vida, cuando abria esos misteriosos volúmenes.»

VII.

El ejemplo del sublime Lamartine y de su madre es tan elocuente, que siempre que trato de la influencia de la mujer en el destino del hombre me ocurre citarlo: la madre del gran poeta es la mejor prueba de que una mujer virtuosa y sensible da por fruto hijos, que son luego el orgullo de su patria: que la religion es la llave de todas las glorias y grandezas humanas; y que si llega un dia venturoso en que se arraigue en el corazón de la mujer, por el mayor cuidado con que debe educársela, la veremos enaltecida y respetada, y el mundo dará un paso en el sendero de la verdadera civilizacion, mas grande que cuantos cree haber dado hasta el dia con los descubrimientos de la ciencia, pues únicamente en la virtud estriba la solidez de todos los triunfos humanos.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Romance.

Dejando al viento detrás
Vogaban dos galeotas,
Dando caza sin descanso
A una barquilla española.
Iba dentro un pescador
En los brazos de su esposa,
Amantes ambos y amados;
Dos cuerpos y un alma sola.
Al ver el pirata fiero,
Espanto de aquellas ondas,
Que el pobre batel estaba
Muy cerca ya de la costa,
Mandó á alcanzarle una bala
Ardiente como su cólera,
Que fué cortando los aires
A abrir del barco la popa.
Cayó entonces desmayada
La inocente pescadora,
Y apareció en su semblante
La nieve donde hubo rosas.
Con ella en brazos el hombre
Al mar airado se arroja
Pidiendo á voces á Dios
Que en trance tal le socorra.
«¡Que se salve aunque yo muera!»
La vida poco me importa,
Que el alma no morirá
Porque ella la tiene toda!
¡Que se salve, y yo la vea
Dentro de mi pobre choza;
Sin ella el sol para mí
No tiene luz sino sombras!»
Oyendo estas tristes voces
Se enternecieron las olas,
Y á los amantes dejaron
Sobre la playa arenosa.
Ella abrió los negros ojos,
Al mundo de nuevo torna,
Y de su amante en el brazo
Para caminar se apoya.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Los patinadores.

Dícese que el correr patines es un ejercicio del norte, y en esto como en muchas cosas hay su parte de error y de verdad. En las comarcas boreales el suelo cubierto de nieve solo es accesible á los trineos; se patina poco y mal, y aunque los traficantes en los artículos de con-

sumo diario corren efectivamente con patines en esos lugares donde hay hielos eternos, este ejercicio nada tiene que ver con el que se hace en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, en Austria, en España, en Francia y en todos los países donde el frio menos intenso y persistente ha permitido hacer del patin un elemento de sport, una diversion, un arte.

Los rusos, los suecos y los noruegos patinan poco; mas en cambio se patina admirablemente en algunas comarcas meridionales de la Europa.

Los vieneses son patinadores muy resueltos.

Los ramales del Danubio, las praderas bajas que el Augarten inunda, las lagunas del Prater, son los sitios donde acuden los mas intrépidos; pero el hielo mas frecuentado en Viena es el del Belvedere.

En Inglaterra el patinar es un arte consumado; existe allí una sociedad de patinadores presidida por el príncipe Alberto.

Los ingleses patinan de levita, lo que no hace mas flexible su rigidez ordinaria. Saben ejecutar admirablemente los pasos cortos, y tienen por costumbre el figurar por encima de sus cabezas con el stick los pasos que ejecutan sus patines.

En Lóndres en cuanto se han helado los estanques de los parques y *serpentine river*, los sportmen del hielo se disputan el honor de hollar por primera vez el cristal virgen y frágil. Se cometen muchas imprudencias y por consiguiente no faltan desgracias.

El industrialismo aprovecha la ocasion, y hay hombres que vigilan á los temerarios, sacan del agua á las víctimas, y hacen dinero con el valor que manifiestan en estas operaciones de salvamento.

Tambien se patina en España, sobre todo en Madrid, donde se ha organizado una sociedad compuesta de las primeras familias de la nobleza y de las familias pudientes. El magnífico estanque del Retiro está consagrado especialmente á este ejercicio del invierno.

En Francia se patina con gracia y agilidad, y eso que el parisiense tiene poco tiempo que dedicar á este arte, que exige una práctica precoz. Pero el parisiense ejecuta todo cuanto se hace en el extranjero; únicamente patina mas en grande, y solo se encuentra bien en los espacios grandes donde pueda desplegar su juego un poco teatral, y hacer brillar su traje un tanto pretencioso.

Los estanques de la Glaciere eran en otro tiempo el punto de reunion de la moda; á veces se disfrutaba allí de un hielo virgen. Cuando se abria el hielo de un estanque se pasaba á otro. Hoy han quedado desiertos por incómodos y estrechos; solo acuden á ellos los principiantes.

Los estanques de la Villette, de la Gare y del canal del Oureq presentan un espacio extenso y hermosos hielos; pero han ocurrido en ellos muchas desgracias, y tambien se hallan abandonados en el dia.

Los magníficos estanques de Versalles son muy visitados; como el espacio es grande son propicios para los patinadores atrevidos.

El lago de Enghien, esa miniatura de la Suiza, es el sitio mas admirable y pintoresco que podrian elegir los patinadores; pero la moda parisiense no ha reparado en él todavía.

En cambio el bosque de Boulogne ha tenido ya este privilegio. La administracion se muestra muy solícita; gracias á un cuidado constante el hielo está siempre limpio y barrido. Cuando la capa helada no presenta bastante consistencia, un vigilante separa á los temerarios. Hay una tienda-hospitalillo en la orilla y hombres que vigilan en todos los puntos. Por una prevision inteligente reservan una cantidad de agua que por la noche derraman sobre el hielo para regarle y cubrirle como una pulgada en toda su superficie. Esta agua se congela durante la noche y devuelve al hielo su fuerza, su igualdad y su consistencia virginal.

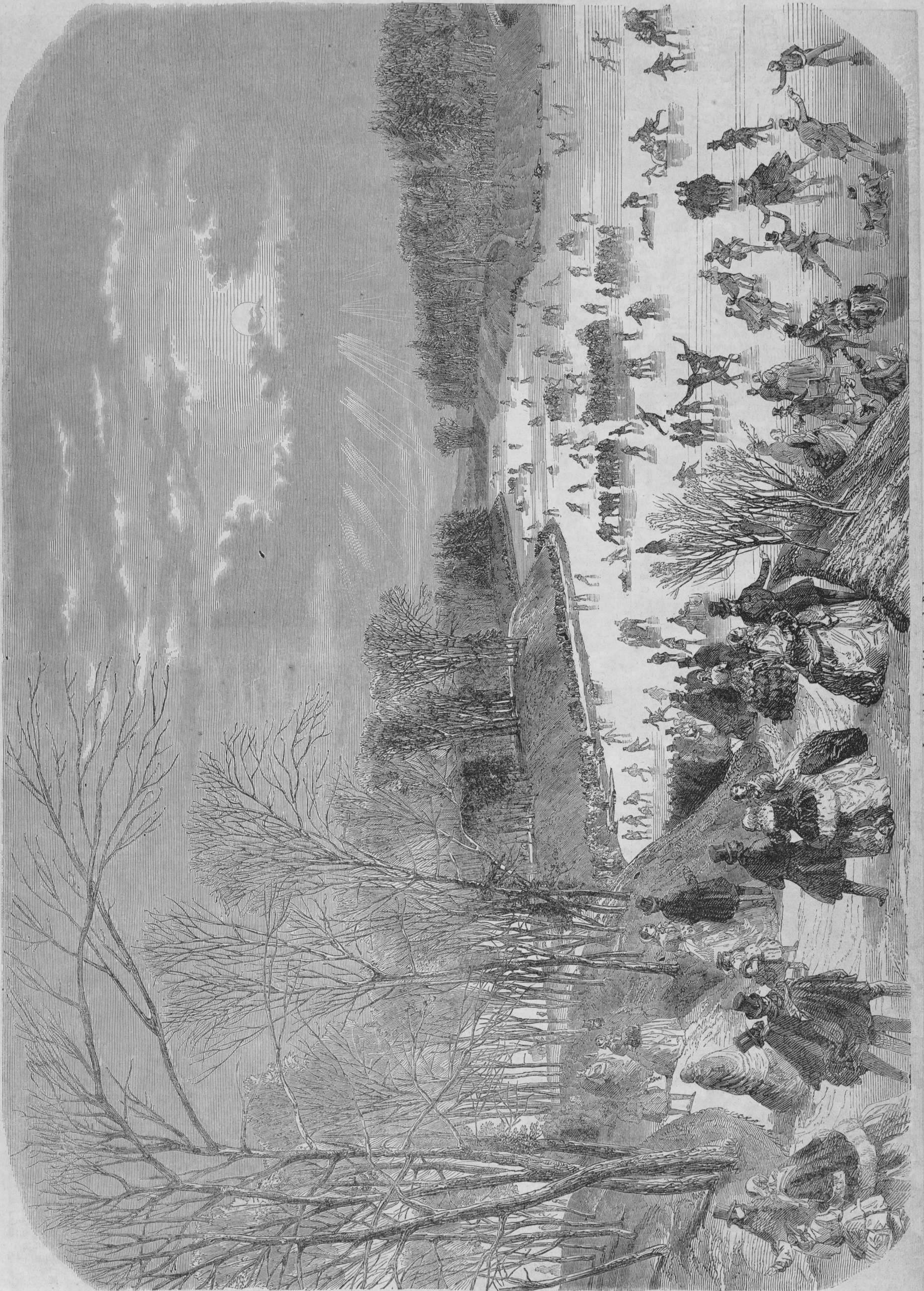
Es de creer que la sociedad de las regatas que ha tomado ya tanta extension, tomará tambien á su cargo el ejercicio del patin, y que se fundará un club con el objeto de organizar el mas seductor y efimero de los placeres del invierno. Es la cosa mas fácil.

En Francia las mujeres no patinan; van en trineo, y eso es todo. Es verdad que ellas tienen la culpa, dicen que el frio las pone feas, que el hielo es muy traidor, y que las caidas son ridículas; pero no confiesan que las incertidumbres de las conveniencias y el shoking de la moda bastan para expulsarlas del hielo.

Es lástima, porque las mujeres están encantadoras corriendo patines; su presencia aviva placeres descuidados; ese ejercicio es un baile del que deben participar, pues sabido es que descuellan en todos los pasos que exigen poca fuerza y velocidad. La mujer corriendo patines recuerda á la imaginacion los sueños encantados de las willis bailando en la bruma de los lagos azules. Cuando ellas se presentan sobre el hielo, el uniforme especial del patinador volverá á salir en toda su elegancia; entre tanto la moda quiere que se patine en traje de vestir; es ridiculo, es incómodo, pero es la moda.

Nota. El ejercicio en cuestion despierta el apetito. Antes de entrar en el hielo debe tomarse lentamente una copa de Burdeos; es preferible al ponche. Despues de patinar, sobre todo si se ha comido mucho, se toma una taza de té, una infusion de *pekao* con algunas gotas de espíritu de cereza. El vino de Champaña es excelente tambien, pero no el espumoso, sino el seco; excita ligeramente, al propio tiempo que pone en reposo los músculos.

M. G.



Los patinadores del bosque de Boulogne.

el valor: es muy aficionada á vestirse mal, adora los colores ridículamente chillones, mezclados, jaspeados, contradictorios y que la afean. En todos los siglos se ha afeado con furor, y cuando por casualidad, como sucedió algunos años hace, ha llegado á alcanzar el punto de perfección, ó al menos á respetar la armonía natural y las proporciones de lo bello verdadero, no ha omitido esfuerzo alguno para librarse de esta moda tan incómoda y de este error pasajero. Del traje conveniente y sencillo que llevaba al principio de la revolución, por los años de 1790, pasó muy pronto á un traje que no lo es, á aquel aspecto de tela de que habla Petronio, á aquella nudez trasparente bajo la cual intimidaban y cautivaban á nuestros padres las damas del Directorio.

Los horribles cascos femeninos han reemplazado á la desnudez griega; despues ha desaparecido el talle; se ha transformado el cuerpo en globo; un atroz pedazo de carton arrollado sobre la cabeza ha pretendido protegerla, y este pedazo de carton se ha extendido, alargado, acortado, cargado de cintas, flores, yerbas, musgos, pájaros, plumas, semillas, pelos, vidrios, y ha tomado todas las formas mas extravagantes; ora la de un cubo inglés para carbon de tierra (*scuttle*), ora la de un cazo, un abanico, una canasta, una cúpula, un cobertizo, un cabriolé, un paraguas, una pala ó un tubo; y algunas veces se le ha visto ensancharse por los lados y encerrar la cabeza mujeril entre dos orejas, como la cabeza del caballo al que se quiere impedir que mire á derecha é izquierda. Y á propósito de esta última forma, el pobre Musset advierte con mucha oportunidad que los sombreros de orejera no han impedido que las mujeres miren mas de lo que debieran.

Despues de bajarse y estrecharse la frente á la griega y de haberla cubierto, como la de las emperatrices romanas, con millares de rizos curiosamente colocados, las mujeres dieron en la manía de estirarse odiosa y cruelmente los cabellos á la *chinesca*, como ellas decian. Aquellas víctimas estaban verdaderamente horribles; jamás se ha hecho por la patria ó por el amor sacrificio tan feroz como el que ellas hacian para ser infinitamente feas. Las cejas se estiraban y se colocaban en línea diagonal en medio de la frente; los ojos esparrados y distendidos solo tenían miradas necias, azoradas, pavoridas; la boca carecia de sonrisa, la tez de frescura; los pómulos se enrojecian desmesuradamente, y el aspecto descarado se combinaba con la expresion de la inquietud.

¿Pero á qué no se resigna y resuelve la mujer que quiere ser amada en todas las clases y en todas las épocas? Las mujeres de Brisgaw llevaban tubos de estufa de color de naranja para agradar á sus maridos; yo las he visto. ¿De qué no es capaz la mujer para conformarse con nuestras costumbres, adivinar nuestras tendencias y satisfacer nuestros antojos? Si amamos la riqueza se hace rica, si amamos el lujo, sacrifica su belleza al lujo mas horrible, y si amamos lo grande, le acomete un ardiente afán de esplendor monumental, y se convierte en edificio. La moda es cosa mas grave de lo que se imagina.

No pretendo ensayar ni aconsejar á nadie que escriba la filosofía de la moda. Observo y callo: ¿quién me lo impedirá? ¿No os parece que el traje permite á los hombres y á las mujeres del dia, especialmente á los jóvenes, ostentar un exterior muy extraño? Para los hombres existen vestidos femeninos, anchos, flotantes, apenas sostenidos y abotonados; corbatas que representan cuerdas casi sin anudar; mangas que dejan pasar el aire frio de nuestros climas, tan favorable para las pulmonías; inmensos chales que se parecen á los de las mujeres. Y el conjunto, coronado por un exterior lánguido, desahogado, triste, clorótico, cansado, desmadrado ó enervado, que indican al parecer dos ó tres siglos de trabajos y padecimientos pasados en las minas, mas profundas de Siberia.

Es verdad que las damas reemplazan á los hombres y se apoderan de su traje, impelidas por el anhelo de la majestad, la dignidad y la gravedad; que á sus mirriñaques monumentales añaden levita de paño, botones enormes, botas y chalecos de piqué blanco; que algunas adoptan el cigarro; que el cuello de camisa almidonado y estrecho como el de los galanes jóvenes no deja de tener sus adeptos entre las mujeres, y que tal vez llegarán á la moda de M. Prudhomme y se los harán subir hacia las orejas como una doble arma cortante. Andan ya pesadamente, estrechan la mano de los hombres cuando los saludan, cruzan la calle para ir á hablarles con franqueza, ahuecan y hacen ronca la voz y llegan tras penosos esfuerzos á destruir la gracia femenina, elevándose á un grado muy superior de virilidad ficticia y de aparente grosería. Dejan en este caso de ser mujeres, y no son tampoco hombres. Sin embargo, el joven fastidiado semimujer sirve de pendiente á la semihombre. Confieso que el uno y la otra me divierten infinito cuando los encuentro. El fastidiado es siempre muy joven, es indiferente... indiferente á todo, y profesa el fastidio, lo esparce, vive de él, y os lo comunica con su presencia hasta saturaros. No tiene pasiones, no las ha tenido nunca, ni las tendrá jamás; desprecia y no sabe lo que desprecia; un pequeño sarcástico, una arruga prematura cubre su rostro á derecha é izquierda, cerca de la boca, donde se oculta en expectativa un epigrama desdeñoso; no sabe de qué va á burlarse, pero se burlará de alguna cosa; así lo pretende, así lo espera. Como para burlarse es preciso pensar en un objeto, y como el pensar cuesta algun esfuerzo, espera, sigue esperando, y la señal de veleidad burlesca, de ironía que no brota, de epigrama que aborta, la señal sarcástica continúa grabada en el funesto sur-

co que los años profundizan sin cesar. ¡Pobre joven! ¡preferiría verte con pasiones que con impotencias! Y á vos, señora, preferiría veros con algunas debilidades como tuvieron en su cuarto de hora Mme de Monteville, Mme de Launay, y hasta Mme de Sevigné, que veros ensayar una virilidad poco natural, y que nunca á fe mía os será provechosa!

GREGORIO AMADO LARROSA.

Las fiestas reales en Berlin.

DE LAS ALIANZAS ENTRE LAS FAMILIAS REALES DE EUROPA.

La alianza de familia entre la Prusia y la Inglaterra ha tenido en Berlin una inmensa popularidad que se explica fácilmente. Las transformaciones interiores que en Prusia han tenido lugar desde 1848, han dado mucha experiencia á la nacion prusiana; ya están casi olvidadas ciertas utopías cuyo simple ensayo habia amenazado á la monarquía, y se ha conocido que las fuerzas eran suficientes para soportar sin peligro un sistema constitucional en el cual, gracias á los esfuerzos del rey Federico Guillermo IV, el elemento aristocrático desempeña un papel considerable. Existen pues, entre el pueblo prusiano y el inglés, no solo afinidad de votos, sino cierta comunidad de necesidades políticas y religiosas que explican bien la simpatía general que las bodas del príncipe heredero presuntivo del trono con la princesa real de Inglaterra ha debido encontrar en Prusia.

La ciudad de Berlin ha rivalizado con el gobierno para recibir dignamente á los jóvenes esposos. Su viaje desde las fronteras belgas hasta Berlin ha sido una serie de ovaciones y de regocijos, y su entrada en la capital una verdadera fiesta nacional.

Berlin, conocida como una de las ciudades mas hermosas de Europa, habia hecho sus preparativos. La arquitectura de la parte de la ciudad que debian atravesar los augustos esposos para entrar en el palacio, es tan rica por sí que necesitaba poquísimos ornatos. Por la puerta de Brandeburgo, monumento de estilo griego, se llega á una plaza guarnecida de palacios que se llama la Plaza de Paris. Aquí se abre en línea recta una calle muy ancha plantada de árboles que es el paseo principal de la ciudad, y que conduce a la plaza de la Opera prolongada por otras dos plazas, la del Museo y la del Palacio. En esta inmensa arteria se encuentran los monumentos principales de Berlin.

La estatua del gran Federico cierra la alameda de en medio; no hay ciudad en el mundo que en tan poco espacio presente tantos monumentos notables: á la derecha viniendo de la puerta de Brandeburgo, están el palacio del príncipe de Prusia, la biblioteca real, las estatuas en bronce de Blucher, de Gneisenau y de York, la iglesia católica, el palacio del príncipe Federico Guillermo y el del comandante de la ciudad: á la izquierda, la academia, la universidad, el principal, las estatuas en mármol de Scharnhorst y de Gneisenau, el arsenal, el antiguo y el nuevo museo, el jardín de recreo y luego el puente del Sprée adornado con ocho grupos de mármol de dimensiones colosales; por último, el palacio real completa este conjunto maravilloso de objetos de arte.

El terreno permitia la construccion de hermosas tribunas; la principal se hallaba entre el palacio del príncipe de Prusia y la Opera. Varios arcos de triunfo y dos hileras de palos con banderolas completaban la decoracion de la fiesta.

SS. AA. RR. habian llegado el 6 á Postdam; el 8 por la mañana fueron al palacio de Buenavista que se encuentra cerca de la ciudad, donde el rey y la reina los esperaban. El 8 á las dos de la tarde una inmensa muchedumbre aguardaba con impaciencia la entrada solemne del príncipe y de la princesa. En la plazoleta del parque (Thiergarten) que se extiende delante de la puerta de Brandeburgo, tuvieron lugar las primeras escenas de la recepcion.

En la formación del cortejo se observaron religiosamente los antiguos usos. Hé aquí el orden: cuarenta postillones guiados por un maestro de postas; el gremio de los carniceros á caballo compuesto de 120, con la música de los coraceros de la guardia; el de los comerciantes grandes y pequeños de Berlin con otra banda de música uniformada como la de los *horse-guards*; un piquete de dragones y un primer carruaje con tiro de seis caballos donde iban el mariscal de la corte y el chambelán. Seguian tambien con tiros de seis caballos otros dos coches con el chambelán del rey y dos generales. Detrás de un escuadron de los guardias de corps apareció en fin el coche real, con tiro de ocho caballos, en el cual iban el príncipe, la princesa y la camarista mayor. Este carruaje, que parece ser del siglo último, es del estilo de Luis XIV. Los pajes que se sostenian en los estribos parecian formar parte de sus ornatos. En torno del coche real marchaban el feld-mariscal de Wrangel, el general de Alvensleben y el presidente de la policía de Berlin M. de Zedlitz. Luego seguian un segundo escuadron de guardias de corps, y dos coches con las damas de honor de la princesa y los edecanes del príncipe.

Un piquete de dragones cerraba esta parte del cortejo. Las corporaciones ó gremios se habian formado en dos líneas desde la plazoleta del parque hasta el palacio.

Es imposible formarse una idea del aspecto grandioso y pintoresco de esas corporaciones; las cintas de diferentes colores que llevaban, la variedad de los estandartes y banderas, las obras maestras que ostentaban,

presentaban un espectáculo imponente. Parece ser que habrá en Berlin una exposicion de esos estandartes y esas obras, y no será por cierto la parte menos curiosa de las fiestas que se suceden en Berlin desde el 8 de febrero. Los gremios siguieron al cortejo á medida que adelantaba, y el desfile delante del palacio duró algunas horas.

La compañía de los tiradores de Berlin merece una atencion particular. Conocida es la importancia que estas compañías tienen en Alemania; sus fiestas anuales mantienen al mismo tiempo que el espíritu de corporacion el ejercicio del tiro; las hay en casi todas las ciudades de Alemania.

La compañía de Berlin es del tiempo del elector Joaquín II (1348), y en ella están representadas casi todas las clases de los vecinos; los tiradores seguian detrás del cortejo. Los gremios propiamente dichos, marchaban detrás precedidos de veinticuatro mariscales elegidos en todos los cuerpos y exclusivamente formados de maestros. — La constitucion de estas corporaciones es muy antigua; las hay que cuentan de existencia hasta seis siglos.

A eso de las dos el cortejo atravesó la plaza de la Opera en medio de un entusiasmo difícil de describir. Si se piensa que aquel dia en Berlin habia mas de 60,000 forasteros, y que la mayor parte de la poblacion se hallaba reunida en un solo barrio, no se puede menos de admirar el buen orden observado. Es verdad que la policía vigilaba para que así fuera; pero de todos modos merece ser elogiada la actitud del vecindario.

Por la noche la capital se hallaba espléndidamente iluminada. En casi todos los edificios públicos se habia recurrido al gas que producía un efecto mágico. En la calle Guillermo, las iluminaciones eran de vasos de colores. No hay para que decir que la muchedumbre en las calles era inmensa.

Desde el 8 las fiestas no se han interrumpido en Berlin. El 9 fueron admitidas en el palacio sesenta jóvenes para felicitar á los esposos. En la misma noche hubo gran baile en el salon Blanco. El 10 comida en los aposentos de SS. AA. RR. el príncipe y la princesa de Prusia, y por la noche funcion en la Opera; para ella se eligió la *Vestale* de Spontini, obra maestra de música clásica que el público de Berlin venera particularmente.

La concurrencia presentaba un golpe de vista magnífico. El palco real enfrente del escenario destimbaba de riqueza; á la derecha de la joven princesa estaba el príncipe de Prusia, y á la izquierda del príncipe Federico Guillermo, la princesa de Prusia. Inútil es decir que entre los convidados estaba lo mas selecto de la corte.

Los principales papeles de la *Vestale* se habian confiado á las señoras Koester y Wagner, y á los señores Formes y Krause. El brillo de esta representacion se hallaba realzado por las decoraciones célebres de Schinkel, ese ateniense de la Alemania moderna.

El jueves 11 de febrero hubo gran reunion en el palacio del príncipe de Prusia; el 12 baile en la Opera, el 13 marcha nocturna ejecutada por los estudiantes de Berlin, y por la noche baile en casa del presidente del Consejo.

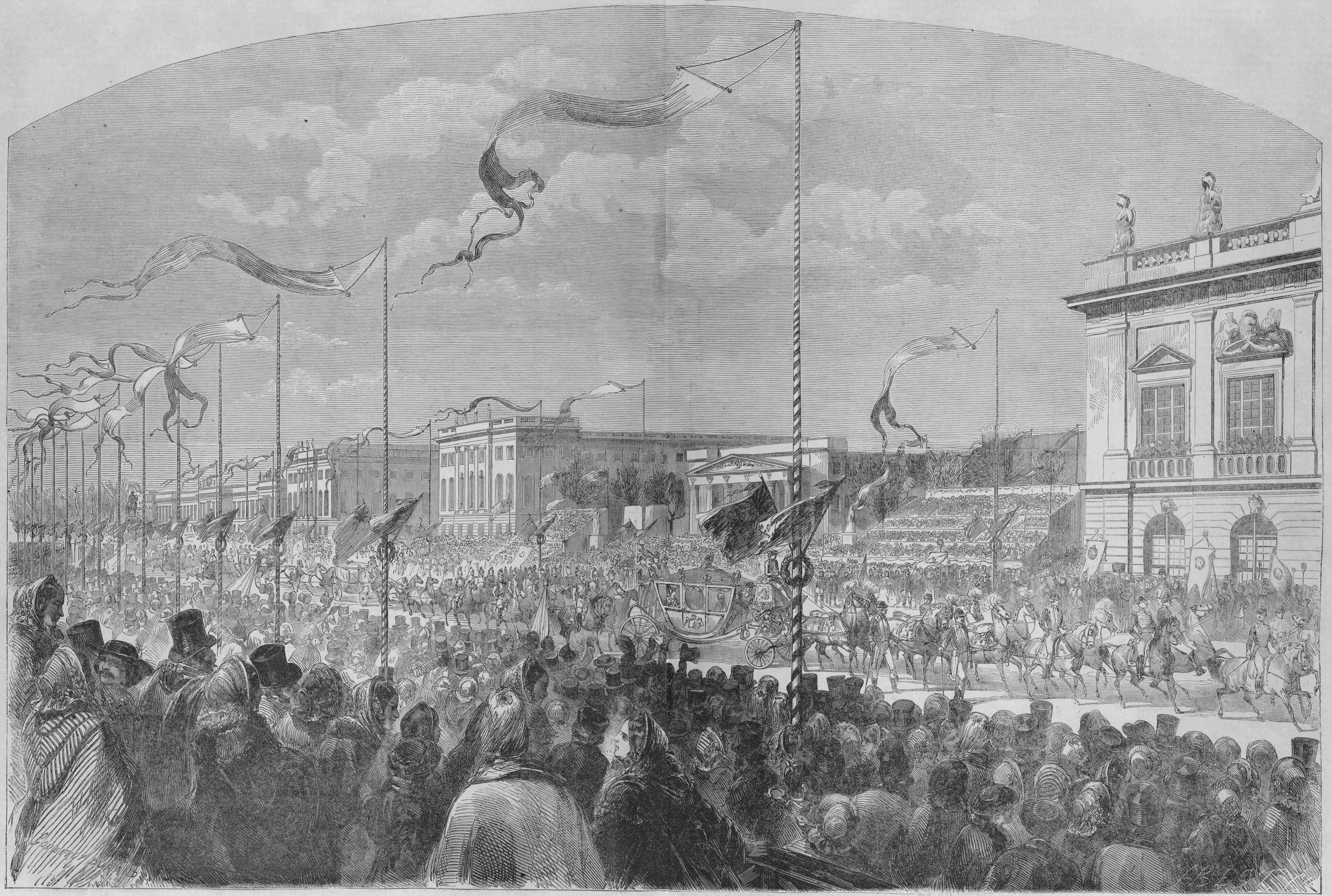
Seria enojoso describir todas estas fiestas: bástenos hacer su enumeracion, consignando al mismo tiempo la simpática acogida que ha recibido en Alemania la princesa real de Inglaterra.

Un periódico de Londres ha publicado un curioso artículo sobre las familias reales de Europa, su origen, casamientos verificados entre ellas y su grado de parentesco con motivo de las bodas de la princesa real, que nos parece interesante y oportuno; porque descubre el verdadero carácter de este enlace. Dice así:

«El casamiento de la princesa real acaba de formar un nuevo lazo entre nuestra familia real y la de una casa poderosa que reina actualmente en Europa. El verdadero carácter é importancia de este enlace seria casi una cosa imperceptible si no echásemos una rápida ojeada á las demás relaciones que existen entre las familias reales del continente por parentesco ó por casamientos. Poner de manifiesto el objeto que tiene esta nueva union será nuestra tarea en este artículo. El hilo principal de esta narracion puede buscarse en el *Almanaque de Gotha* para el año 1858; pero se verá desde luego que el escritor que nos ha ayudado en la presente ocasion no ha tomado solamente sus datos en la Guia de forasteros de aquel Estado, sino que es un hombre que ha profundizado este asunto bajo el punto de vista histórico como el político. Dice así:

Existen cuarenta y ocho testas coronadas en Europa, á saber: tres emperadores, el de Francia, el de Rusia y el de Austria; dos reinas, la de la Gran Bretaña y la de España; trece reyes, el de Prusia, de Suecia, de Holanda, de Bélgica, de Cerdeña, de Dinamarca, de Portugal, de Grecia, de Baviera, de Hannover, de Sajonia, de Wurtemberg, y el de Nápoles; un sultan en Turquía; un papa en Roma; un elector en Hesse; siete grandes duques, el de Toscana, de Baden, de Sajonia-Weimar, de Hesse Darmstadt, de Oldenburgo, de Mecklemburgo-Schwain, y el de Mecklemburgo-Strelitz; nueve duques, el de Parma, de Módena, de Anhalt-Dessau, de Anhalt-Bernburgo, de Brunswick, de Nassau, de Sajonia-Altenburgo, de Sajonia-Meiningen y el de Sajonia-Coburgo-Gotha; y diez príncipes, el de Lippe, de Waldeck, de Hesse-Homburgo, de Schwarzburgo-Sondershausen, de Schwarzburgo-Rudolstadt, de Lichenstein, de Schaumburgo-Lippe, de Reuss-Greiz, de Reuss-Schleis y el de Monaco.

Todos estos príncipes son soberanos, jefes de sus respectivos Estados, y como tales iguales en categoría, si



RECEPCION DEL PRINCIPE Y DE LA PRINCESA DE PRUSIA EN BERLIN.

bien con la diferencia de que el emperador de Rusia gobierna sobre un territorio de mas de siete millones de millas cuadradas, mientras que el pais de los príncipes de Mónaco y de Lichtenstein no llega á sesenta millas en cada principado. No obstante, á los ojos de todo verdadero realista, lo mismo que para el *Almanaque de Gotha*, todos los príncipes *legítimos* son «*ebenbürtig*» ó igual nacidos, cualquiera que sea su poder político ó la extensión de sus dominios. Todos son «pares» en su propio orden, y si la hija mayor del emperador de Austria elige por esposo el pobre príncipe de Reuss-Greiz, ningún heráldico podría tildarlo de casamiento desigual. Hay sin embargo algunas otras diferencias inferiores de categoría que determinan la posición de estos cuarenta y ocho soberanos, ó por mejor decir cuarenta y seis, pues dos de ellos, el papa y el sultan, no deben comprenderse en la «familia.» En primer lugar, una de las cosas mas importantes anejas á la soberanía es la antigüedad de la familia, y se comprende tácitamente que todas las casas reales cuya genealogía no data al menos de un par de siglos no puede decirse que pertenecen al círculo de monarcas «igual nacidos,» cuyo número queda de este modo reducido á cuarenta y cuatro. Estos pueden dividirse á su vez en dos clases; los príncipes de origen alemán y los de descendencia gálica, de manera que el total de soberanos europeos forman cuatro divisiones distintas:

1ª Soberanos enteramente independientes de los demás, dos en número: el sultan y el papa.

2ª Soberanos de creación moderna, dos en número: el emperador de Francia y el rey de Suecia.

3ª Soberanos de origen gálico; tres en número: la reina de España, y los reyes de Nápoles y de Portugal, descendientes de Hugo Capeto ó de la familia borbónica.

4ª Soberanos de origen teutónico, cuarenta y uno: es decir los monarcas de toda Europa, excepto el de la península ibérica, el de una pequeña parte de Italia, el de Francia, el de Suecia y el de Turquía.

En esta concisa clasificación aparece ya un hecho singular que llama por sí solo la atención. Los habitantes de Europa ascienden á unos 260 millones. De estos, 78 millones son eslavos; 81 millones pertenecen á la raza latina y 83 millones á la teutónica; por consiguiente, si cada nación estuviese gobernada por soberanos del mismo origen que ella, la proporción de los monarcas de Europa se compondría, casi en tres partes iguales, de reyes de estas tres divisiones del género humano. Pero tanto dista esto de ser así, que las tribus eslavas no dan un solo monarca en toda Europa, mientras que la raza latina lo hace en número proporcionalmente muy pequeño; de manera que el poder real de la parte mas considerable del mundo está en manos de monarcas de origen teutónico. Esto no obstante, no ha sido siempre así, puesto que hace solamente tres siglos que los soberanos pertenecían de una manera mas igual á las tres razas dominantes en proporción á su influencia política.

La actual preponderancia de la soberanía alemana se ha venido estableciendo gradualmente y de una manera sólida, y la tendencia del estado actual de negocios de Europa se inclina mas bien al aumento de las monarquías teutónicas, que al de las de origen eslavo y latino. Es en extremo curioso el ver como la raza ha efectuado su transformación en este punto.

La casa de Estuardo, con una corta mezcla de sangre celta, ha desaparecido ante la familia alemana de Brunswick-Luneburgo que ha recibido desde entonces nuevos elementos de raza por una nueva infusión de sangre sajona.

La casa de Romanoff, de origen eslavo puro, cede tambien su puesto á la línea de Holstein-Gottorp, por nacimiento y por repetidas alianzas enteramente teutónicas; y antes de esta, las familias eslavas que reinaron en Austria y Bohemia, fueron reemplazadas por un príncipe alemán de modestísima fortuna, Rodolfo de Hapsburgo, cuyos descendientes gobiernan hoy día una multitud de tribus extranjeras de resultas de haber buscado sus alianzas matrimoniales solamente en la tierra de su origen. Hasta en las islas clásicas del Mediterráneo empuña el cetro un rey alemán, en tanto que la península ibérica se va viendo cada día mas invadida por la casa de Coburgo. Estas casas alemanas, despues de algunos siglos de uniones matrimoniales, se han convertido en una gran familia con mas ó menos grados de parentesco entre las diferentes testas coronadas de Europa.

Empero estas augustas casas pueden clasificarse en seis líneas diferentes desarrollándose casi simultáneamente en el territorio de un país altamente favorable por su constitución feudal á la producción de monarquías. La primera de estas líneas es la de Sajonia, cuyos príncipes toman su origen del duque de Wittekind, jefe de algunas tribus semisalvajes de las orillas del Elba, convertido al cristianismo por Carlomagno sobre el año 785. Los príncipes de Saboya, que reinan hoy día en Cerdeña, como igualmente los reyes de Sajonia, el gran duque de Sajonia-Weimar, y las tres casas ducales de Sajonia-Meiningen, Sajonia-Altenburgo y Sajonia-Coburgo-Gotha descienden del mencionado duque de Wittekind.

La segunda línea de soberanos alemanes es la de Alsacia, cuyos miembros encuentran á su ascendiente en Adelberto, duque de un territorio del Rhin, que existió á principios del siglo octavo, y cuyos descendientes son el emperador de Austria, los grandes duques de Toscana y de Baden y los duques de Parma.

La tercera línea es la de Oldenburgo, fundada por el conde de Ringelheim, en el siglo décimo, y de él provienen los reyes de Dinamarca, los destronados reyes de Suecia, los grandes duques de Oldenburgo y los duques de Holstein. Una rama mas moderna de esta casa ocupó el siglo pasado el trono de Rusia. La cuarta línea es la de D'Este fundada por Azon I, margrave de Este, en el siglo undécimo, de quien toma su origen la familia real de la Gran Bretaña, los reyes de Hanover, los duques de Brunswick y de Módena, y los príncipes de Lichtenstein. La quinta es la de Zollern, ó como se la llama generalmente, de Hohenzollern que tiene á sus antepasados en los condes de Zollern que vivieron en el siglo décimo y de quienes descienden los reyes de Prusia. La línea sexta y última es la de Nassau, fundada en el siglo duodécimo, de la cual descienden los reyes de Holanda y los duques de Nassau. Los demás soberanos de origen teutónico proceden indirectamente de estos seis grandes grupos.

Existen, como hemos dicho ya, solamente tres monarcas de raza latina ó gálica, la reina de España y los reyes de Nápoles y de Portugal. Estos descienden de Hugo Capeto, conde de Paris, que con las dos—llamadas de origen popular—casas de Bonaparte y de Bernadote son los únicos representantes de las nacionalidades latinas en la gran familia de soberanos. Los Capetos ó los Borbones, como se les llama comunmente, han efectuado constantemente sus enlaces en las casas alemanas casi desde el tiempo de su fundación, y en una de las familias, la de Portugal, á consecuencia de recientes alianzas domina ya en ella la sangre teutónica. Lo mismo puede decirse de la reciente línea de Bernadote. Por consiguiente, el actual monarca de Francia es uno de los pocos jefes representantes, al menos en cuanto al origen, de las naciones de procedencia romana, y su union con una señora española viene á dar mayor fuerza á nuestra asercion.

Parece pues una cosa extraña que siendo esto así, los conspiradores italianos que declaman constantemente contra la creciente influencia de los soberanos de origen teutónico, persigan con tan violenta saña al emperador Napoleon, casi el único soberano no teutónico de Europa.»

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas de la Cuaprema. — La juventud no sabe ya vestirse. — Primeras novedades de la primavera. — Los fracs á la inglesa reemplazan las levitas. — Telas nuevas para sobretodos, pantalones y chalecos. — La sencillez está á la moda. — Historia de un marido que quiere dominar el carácter de su mujer empleando la ciencia de un domador de caballos. — Descripción del figurin de este número.

La elegancia varía sus placeres y sus gustos durante la cuaprema. Por el día comienza las excursiones al bosque de Boulogne y al Pre-Catelan, y por la noche va á las sociedades y al teatro. Necesita pues diferentes trajes para paseo y para baile. La variedad sin embargo, no es inmensa, pues la juventud no sabe vestirse porque no tiene gusto, ni elegancia y vive lejos del círculo encantador de las mujeres. Ahora bien, los hombres no se visten por agradarse y rivalizar entre sí, es lo contrario de las mujeres. La juventud dorada es vieja con sus veinte años, es muy seria, muy fria y muy reservada; calcula cuáles prendas se llevan mucho tiempo y busca los colores oscuros buenos para todas las estaciones. Ya apenas quedan hijos de familia que arrojan el dinero por la ventana y que se arruinan alegremente. Son contados los jóvenes locos.

Los vestidos de primavera se anuncian pues muy sencillos, como los fracs á la inglesa de paño negro ó color de castaña cerrados con un solo boton. Estos fracs reemplazan la levita perfectamente, y á decir verdad, su corte solo difiere en los faldones, que son como los que se llevan en los de visita.

Estos últimos tienen la forma del frac de soiré, pero con faldones adelantados en vez de estar abiertos como los otros. Sirven á la vez para vestir y para negligé segun el color del paño. Cuando es negro es de visita, cuando es de color de castaña, mezcilla ó de rayas, sirve para montar á caballo.

Lo que mas ocupa á la elegancia en este momento, es la elección de las telas y de los colores.

Para los sobretodos de primavera no se hallan aun mas que pañetes cruzados muy ligeros. Estos sobretodos se forran de seda y se destinan para cubrir el traje de mañana. Algunos son de paño articulado ó mezcilla, y estos se prefieren generalmente á los lisos.

En cuanto á las telas de pantalones, dominan siempre las que tienen bandas á los lados, aunque menos anchas que las del año último.

No se llevan telas escocesas, ni de cuadros, ni de rayas; la divisa de los elegantes es la sencillez.

Dícese que los hombres se visten tan mal, porque las mujeres se visten demasiado bien. Yo creo que estas son murmuraciones contra nosotros. El hombre no se viste mejor porque no tiene tiempo para mas; porque su vida está demasiado ocupada en el agiotaje. Cuando un elegante no juega en la Bolsa está metido en las caballerizas en traje de montar.

¿Es por falta de hermosas conquistas? — No, las damas suspiran por los ingratos, y los infieles que las abandonan por las apuestas del Tattersall, y que se entusiasman tanto por un buen caballo como por una mujer bonita. La moda femenina hace renacer el lujo deslumbrador del reinado de Luis XV, pero la moda masculina se aparta mucho de ese camino.

Por mas que busco las novedades de la primavera no hallo nada que poder señalar á mis lectores.

Ni aun siquiera los chalecos se atreven á ser elegantes: se llevan de cuadros para la mañana y de valencias para traje de paseo.

¡Ah! Si yo fuera hombre y guapo mozo, tendria una colección de chalecos á cual mas brillantes. El chaleco y una camisa fina constituyen la flor de la elegancia.

Lo que me parece horrible, es un traje todo él de la misma tela, chaleco, frac y pantalon. Solamente de hilo blanco ó de nankin es bueno para campo ó para baños de mar. Para mi gusto es mil veces preferible un traje de tres colores bien distintos, como verbigracia: frac á la inglesa de paño mezcilla, género fantasía, Marengo, verde ó chocolate, con un chaleco de valencias ó de seda de un color distinguido, y el pantalon mas claro que las otras dos prendas.

Para vestir el pantalon gris claro produce siempre un efecto gracioso, con tal de que no tenga cuadros sino bandas.

Hé ahí todo lo que puedo decir sobre las modas de Long-champs; veremos mas tarde.

Ahora hablaremos de los cuentos del día. Se dicen muchas cosas en el Tattersall y en el truf de un americano llamado Rarey, que apenas ha llegado á Paris cuando se ha hecho ya una reputación en el arte de domar caballos.

El potro mas fogoso y mas terrible se convierte en un cordero; este es un hecho positivo.

La semana anterior M. Rarey recibia la visita de un caballero que tenia necesidad de apelar á su ciencia.

— Señor mio, le dijo el desconocido, parece ser que dominais los caracteres mas rebeldes.

— Es cierto, respondió M. Rarey; ¿qué puedo hacer para servirlos?

— Se trata de una naturaleza que es la peor que ha habido en el mundo; cuando la quiero llevar á la izquierda se va á la derecha, se encabrita contra mi voluntad, y está llena de resabios.

— Muy bien, yo me encargo de ponerla como un cordero.

— ¡Qué felicidad!
— ¿Y es inglesa, normanda, bretona ó limosina?
— ¿Porqué esa pregunta?
— Porque el carácter varia segun el origen.
— Muy bien; es normanda.
— Corriente, es fácil de domar; traédmele, y yo le aislaré y me encerraré con él...

— Eso de encerrarse... ¿no podria yo saber?...
— No, es un secreto... pero yo respondo de todo; otra pregunta; ¿muere?

— No, pero araña de lo lindo.
— ¡Cómo! ¿tiene uñas?... ¿qué animal tan curioso!
— Sí, las tiene muy bonitas y rosadas...
— Caballero, hablemos formalmente.

— No puedo hablar mas formal... se trata de mi mujer...
— ¡Acabaremos!...

— Su carácter hace mi desgracia, y he pensado que me podiais ayudar á subyugarle.
— Os burlais.

— No señor.
— Entonces debo deciros que mi arte solo se aplica á los caballos.

— Me han dicho que á los caballos y á todo, y la prueba es que habeis vencido á miss Coth y á Mlle de Chantilly.

— Y aun cuando así fuera, repuso con gravedad el americano, ¿qué conclusion sacarais de esto?
— Que debo dirigirme á vos.

— ¿Con que ignorais que Miss Coth y Mlle de Chantilly son dos yeguas de carrera?
— ¡Dios mio! ¿Me han engañado?

— Seguramente.
— ¡Que lástima!... Mas en fin, ¿quién dice que vuestro método no podria tener una aplicación mas extensa? Pagando bien...

— Caballero, no es ese mi oficio; otro hallareis quizá que tome con gusto ese encargo.

¿Qué piensan mis lectores del personaje que se dirige á un domador de yeguas para dominar el carácter de su mujer?... Es una galantería conyugal que nunca se ha visto.

Volviendo á las modas voy á terminar con la descripción del figurin de este número.

En primer término se ve un oficial de estado mayor del ejército francés con uniforme de gala. Compónese de una casaca de paño azul de Francia, con cuello bordado; al rededor lleva un vivo encarnado. Las bocamangas cortadas en punta van bordadas á la orilla. Pantalón encarnado un poco ancho con trabillas cosidas. Una banda de paño azul de cinco centímetros y medio va respunteada á las dos extremidades por el lado.

El joven colegial que está despues lleva una levita que cierra derecha con vivo de paño encarnado. Mangas un poco anchas con las bocamangas en punta. Cinturon de charol con la placa por delante. Pantalón azul con vivo azul sobre el lado,

ancho por arriba y con trabillas. Corbata de seda negra y kepi de paño azul con vivo encarnado.

Sigue al colegial un niño de cinco á seis años con un traje griego muy bonito. Es una túnica de terciopelo verde abierta sobre el delantero y adornada con pasamanería negra. Medias rayadas y botitos de color. Gorro encarnado y corbata formada de una cintita negra.

El último traje es para visita ó teatro. Compónese de un frac de paño color de castaña cortado justo porque no se abotona. Mangas muy anchas por arriba, casi justas por abajo sin bocamanga ni abertura. Chaleco de casimir gris bordado á la orilla, forma derecha y cuello alto; género bastante abierto. El largo por abajo llega á la distancia de los delanteros del frac.

Pantalón de satín negro de anchura ordinaria y derecho.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Curiosidades inglesas.

I.

LOS ANUNCIOS.

La primera impresion de un extranjero al llegar á Londres, es la sorpresa. Admira con una especie de estupefacción esa capital de las capitales tan distinta de las otras ciudades que ha admirado en el continente; todo en ella le parece nuevo, espléndido, curioso y grande; á cada momento se felicita de haber emprendido ese viaje. Pero en breve á la sorpresa sucede el hastío; al encanto sucede el esplin, quiere marcharse y se marcha, se aleja con alegría de esa ciudad tan monótona en su divinidad, sin alegría y sin vida á pesar de su animación, que ha inventado casi todo lo que puede ser útil y que no conoce casi nada de lo que puede ser agradable, donde el gusto y el arte se muestran tan raras veces como el sol. Bien que no sienta haberla visto, se promete no volverla á ver nunca.

Sin embargo, por poco variados que parezcan sus aspectos, Londres es quizá de todas las capitales de la Europa aquella que ofrece á un observador atento el mayor número de asuntos de estudio tan característicos como contrarios. En un paseo superficial solo se puede sacar una idea incompleta. Para conocer bien á Londres no hay que juzgarle en virtud de sus apariencias generales, es preciso examinarle con cuidado particularmente, y entonces se descubre que sus habitantes tan distintos de los demás que tiene el globo, no se parecen tanto entre sí como se echa de ver á primera vista; en medio de una multitud de tipos originales se distinguen al fin costumbres é instituciones que pertenecen á otros siglos, usos singulares que en vano se buscarían en otros pueblos. Estas curiosidades británicas muy poco conocidas van á figurar en una serie de artículos que comenzamos hoy, ilustrándolos con dibujos de los artistas más acreditados de Londres. — Consagramos el primero de ellos á los *anuncios*, y ciertamente no será este el menos curioso de los que figuren en nuestra colección de *curiosidades inglesas*.

El anuncio, según el *Manual* más reciente, no tiene más que un objeto, á saber: elevar la anunciación de un hecho á conocimiento del mayor número posible de individuos, pero sus medios varían. Pueden estos dividirse en dos categorías principales, susceptibles á su vez de diversas subdivisiones. A la primera categoría pertenecen los anuncios que esperan, espían ó persiguen por las calles á las personas á quienes se dirigen, como muestras, prospectos, carteles fijos ó ambulantes, etc. La segunda se compone de aquellos que se proponen penetrar en el interior de las casas, el prospecto y el periódico.

La muestra británica no tiene nada de particular; el prospecto presenta generalmente un carácter más original que la muestra, su monografía sería interesante. Citaré un hecho después de haber contado una de las particularidades más notables de su historia.

Un día á principios de este siglo, compareció ante el ministerio inglés cuyo jefe era Pitt, un hombre acusado de comunismo, que se llamaba William Sharp. Era un grabador en metales que se hizo famoso, pero de ideas muy originales; creyó sucesivamente en Mesmer, en Swedenborg, en Johanna Southcote, etc., y con frecuencia estas extravagancias á que daba crédito le atormentaban de tal modo, que se levantaba á las cuatro de la mañana, corría al Támesis, le atravesaba dos veces á nado y volvía después á ejecutar una de esas obras maestras en su arte que aun admiran los inteligentes. En el momento de su arresto estaba en una sociedad filantrópica que soñaba con la repartición de las tierras y la igualdad de todas las fortunas.

Habiéndose interrumpido los ministros en medio de su interrogatorio para comunicarse sus impresiones, Sharp se acordó de repente de que tenía los bolsillos llenos de ejemplares del prospecto de una colección de grabados suyos; al punto los sacó, se acercó respetuosamente á sus jueces, los saludó muy serio, y les entregó uno á cada uno suplicándoles que le leyeran y añadiesen su nombre á la lista de suscritores. Pero había olvidado que las láminas que ofrecía debían ilustrar los libelos más violentos de Horne Tooke y de Cobbett. Esta

distracción que habria podido perderle le salvó; lo que habria podido parecer á sus jueces un desafío insolente fué á sus ojos un rasgo de costumbres muy cómico. Sin duda aquel hombre no era un conspirador peligroso; Pitt se echó á reír, y Sharp fué puesto inmediatamente en libertad.

Años pasados vimos en Londres un prospecto raro, el de Moses é hijos, roperos, sastres, sombrereros, fabricantes de paño, etc., prospecto de 24 páginas que se repartía diariamente á millares en todos los ferro-carriles y que es una obra maestra en su género. Se titula: *The Great Fact*, el gran hecho. Era una mezcla de verso y de prosa; únicamente los títulos de sus artículos eran más excéntricos que su redacción; hé aquí algunos de ellos:

- ¿Qué hora es en Aldgate?
- Soplad, brisas, soplad.
- Una carta de mujer.
- Tribunal de la sensatez: proceso de Moses é hijos.

En prosa estos señores abusan de los equívocos, y en cuanto á la poesía, no tiene nada de notable. Esta advertencia no deja de ser original:

«Moses é hijos dan gratis á todos los que lo desean un elegante calendario, una lámina que representa su establecimiento y los retratos de la reina y del príncipe Alberto, y no titubean en afirmar que su prospecto, que sucesivamente se ha publicado bajo los títulos de la Octava maravilla del mundo, — el Orgullo de Londres, — el Tesoro del gusto, — el Templo de la moda, — el Leviatan del comercio, etc., se espera con tanta impaciencia en el mundo elegante al principio de la temporada de primavera, como el discurso de la corona ó el presupuesto ministerial se espera en otro círculo cuando se abre el parlamento.»

La superioridad incontestable que tiene el prospecto sobre la muestra, la tiene el cartel sobre el prospecto. El único inconveniente del prospecto es que no puede imponerse. No solo aquel á quien se ofrece le desgarran sin haberle leído, sino que á veces se niega á recibirle. El cartel, por el contrario, esa muestra de la que se tiran muchos ejemplares, obliga al que pasa á su lado á ver sino á leer; cuando el cartel está bien hecho y bien colocado, es imposible que no llame las miradas. Por indiferente que uno sea, sin quererlo, acaba por saber lo que quiere decir; hoy se descifra una palabra en la calle en que uno se detiene, otra en una plaza que atraviesa, y al cabo de ocho días, si es que ha vivido todo ese tiempo, ya sabe uno su contenido de memoria.

Los ingleses que han sabido apreciar las ventajas del cartel descuellan en el arte difícil de componerle y de exponerle al público. Todas las paredes de las casas de Londres que no tienen verja, ó donde no hay escritas estas palabras cabalísticas: «¡Bill-Stickers, beware!» ó «Stick nobills,» se hallan adornadas constantemente con una capa espesa de bills ó de carteles que se renuevan casi todas las mañanas.

Las tablas que rodean los edificios en demolición ó en construcción se hallan también cubiertas de papel impreso. Nunca un espacio por pequeño que sea permanece una hora desocupado. Entre los carteles de Londres los de los teatros y las exhibiciones merecen ser señalados, porque son los más numerosos y característicos. Ninguna descripción podría dar aquí una idea de ellos á los que no los han visto, y el dibujo en este caso sería no menos impotente que la pluma porque están matizados de muchos colores. ¡Cuánto sustantivo! ¡Cuántos epítetos! ¡Qué abundancia de admiraciones! ¡Qué mosaicos de letras de formas distintas!... y sobre todo, ¡qué tamaño el de esas letras!

La litografía ayuda con frecuencia á la tipografía. Aquí se ve un hombre que mata á otro de un pistoletazo á bordo de un navío ardiendo, allí unos soldados se baten con una cuadrilla de ladrones, más allá hay un reo subiéndolo al cadalso donde le espera el verdugo. Pero; no se espante el lector con tales horrores! El cartel teatral no cumple todas sus promesas. Mas de un domador de fieras que solo posee un león disecado, le muestra pintado á la puerta de su jaula con los ojos echando llamas, el hocico espumante, las crines erizadas.

La industria se complace como el teatro en aumentar el volumen de sus productos. Hé aquí unas plumas colosales, una porción de ladies y de gentlemen que se pasean á pié y á caballo con trajes de una baratura increíble, bueyes como elefantes, etc., etc. La muchedumbre que pasa no parece quedar muy sorprendida con tales maravillas; apenas se digna mirarlas con ojos desdeñosos, pero se detiene, se apiña y se sofoca á fuerza de apretones delante del cartel de un periódico cualquiera que anuncia cosas extraordinarias.

Desgraciadamente, por superior que el cartel sea á la muestra y al prospecto, nunca ha podido generalizarse en Londres, y no por su culpa, sino por el sistema de construcción adoptado en la mayor parte de los barrios. Escasean los sitios para ponerlos. Hacia tiempo que el comercio y la industria deploraban la falta, cuando un descubrimiento feliz vino á colmar sus deseos. Un especulador ingenioso tuvo la idea de reemplazar el cartel sedentario con el cartel ambulante. De aquí data una nueva era en el sistema de los anuncios ingleses. La historia completa de este período interesante llenaría un volumen; por desgracia solo puedo trazar sus rasgos principales.

En un principio fué sencillo y modesto. Se pegaba un

cartel en una tabla cuadrada sin pretension ninguna, se la ponía en un mango alto, y se encargaba el anuncio á un pobre diablo, que mediante un chelin por día se paseaba con ese estandarte pacífico desde por la mañana hasta por la noche en los barrios más populosos. Este era ya un progreso inmenso. El cartel no esperaba ya á los transeuntes en un lugar fijo pegado á una pared hacía la cual no siempre volvían los ojos, sino que les buscaba por todas partes donde iban, se presentaba á ellos de frente, les cerraba el paso, les obligaba á perder la paciencia, á luchar con él para abrirse camino á través de la muchedumbre; por eso el triunfo del cartel ambulante fué tan extraordinario que dura todavía.

Sin embargo, como el hábito es una segunda naturaleza, y que el progreso es una ley constante de la humanidad, el cartel ambulante no permaneció mucho tiempo como en su origen. Se habían acostumbrado á verle pasearse por las calles y por las plazas, y ya solo tenía por espectadores los provincianos y los extranjeros. Era preciso pues modificarle y aun trasformarle, si se quería que llamase aun la atención pública.

Sus modificaciones fueron de dos especies que se combinaron ingeniosamente. Se multiplicó y se embelleció á la vez. Un autor dramático celoso del triunfo patético que había obtenido uno de sus rivales, eligiendo para los personajes principales de una tragedia una viuda que se había quedado con dos huérfanos, compuso inmediatamente una pieza del mismo género cuya heroína fué otra mujer viuda con otros dos hijos; pero otro autor que representó un viudo con seis huérfanos sin madre, los suplantó á los dos en la boga del público.

La multiplicación de los carteles ambulantes fué más extraordinaria que la de los huérfanos, pues ha llegado á un número infinito. Citaré un solo ejemplo. Algunas semanas antes de la publicación del primer número de la *Illustrated London news*, una parte de la población de Londres se hallaba reunida en las calles, en las plazas y los puentes para ver lo que llaman la procesion del lord-corregidor. El fundador del periódico tuvo la idea de aprovechar la coyuntura, y trescientos *pole-bearers*, con prospectos de la nueva empresa, siguieron en fila al primer magistrado de la ciudad, y cuando él se embarcó en el Támesis, ellos se embarcaron también en un vapor especial que les habían preparado. Algunos días después la *Illustrated London news* contaba 30,000 suscritores.

He dicho que al mismo tiempo que se multiplicaba, el cartel se embellecía; la expresión no es muy propia, pues todas sus modificaciones no le hicieron más agradable á la vista. Me explicaré. Un comerciante quiere anunciar su mercancía, y al punto manda pasear ó formar en línea en ciertas calles tantos *pole-bearers* como letras tiene en su muestra. Cada uno de ellos lleva una letra, nada más, y entonces es cosa curiosa ver como los pilluelos se empeñan en hacer mover á esos pilares vivos, que á menudo no saben leer, y que suelen componer palabras muy diferentes de las que están encargados de formar.

También el cartel se mostró encerrado en una especie de jaula donde iba un hombre que por cualquier lado que se volviera mostraba el anuncio al transeunte. Unas veces se dió aire de estandarte feudal, otras se puso las cintas y los ramilletes de una novia, otras tomó por auxiliares los artículos de comercio que preconizaba, se hizo preceder, verbigracia, de enormes sombreros de mujeres, advirtiéndole después que habían llegado de París 20,000 de esos sombreros preciosos, y que estaban en los almacenes de M. B. ó de mistress K.

Las trasformaciones del anuncio ambulante no fueron menos notables que sus modificaciones. No contento con pasearse á pié, se paseó en carretela. Los dueños de la *Illustrated London news* tienen un coche que se pasea todos los días anunciando el semanario. El *Metro-politan-Advertising-Office* alquila á las empresas que no son bastante rias para hacer tales gastos, un rincón en uno de los cuatro lados de un carruaje siempre cubierto de anuncios que hace circular incesantemente por la ciudad y sus arrabales.

Aquí se encuentra un sombrero colosal que cubre todo un coche, así como al cochero, y sobre el cual se lee en caracteres monstruos el nombre del fabricante; allí se ve una columna donde se dice que tal peluquero vende pelucas á un precio moderado. — Pero el más singular de los anuncios ambulantes fué el de un periódico que cesó de existir, el *Railway-Bell* (ó la Campana de los ferro-carriles), que se componía en efecto de un carruaje metamorfoseado en campana, y de unos cincuenta hombres disfrazados de la misma manera. Todas las campanas-hombres iban cubiertas de prospectos del nuevo periódico. Bajo la campana-coche que llevaba iguales ornatos iba una música que producía un ruido espantoso, y al rededor por fuera una pequeña locomotora corría incesantemente sobre un camino de hierro circular.

Como puede juzgarse por esta enumeración el anuncio que espera en la calle, ha hecho tales progresos en Londres desde hace algunos años, que su mejora parece ya difícil. Y luego, por más que realice maravillas sobre maravillas, siempre será incompleto; nunca reemplazará al que va á buscar al comprador dentro de su casa, ni tendrá el mismo crédito, el mismo poderío. Por eso este último desdeña los medios extraordinarios que emplea su rival.

El anuncio inglés en los periódicos es sencillo no solo porque cuesta caro, sino porque conoce su fuerza. No necesita para ser leído estar impreso en caracteres grandes, no necesita trasformarse en cartel, como se ve en los periódicos franceses. Los órganos serios de la publicidad, como el *Times*, ese rey del anuncio, le han sometido á un régimen de igualdad que le ha puesto en extremo floreciente. Suele pasar de veinte millones de francos la suma que se gasta anualmente en anuncios en la Gran Bretaña. El gobierno percibe por cada anuncio 1 fr. 85 c.

Para darse cuenta del carácter y de la autoridad del anuncio inglés basta echar una ojeada sobre un número del *Times*. Hé aquí uno con suplemento que se compone de 12 páginas de 6 columnas ó de 72 columnas. Seis de estas páginas, ó 36 columnas, están cubiertas de anuncios, que contados por mí, han resultado ser 1,068. El mas corto, excepto los de los criados cuyo precio es un poco inferior, se paga 5 chelines (6 fr. 25 c.). Pasando de seis líneas, cada línea se paga á parte 60 c., y las compañías públicas pagan 1 fr. 25 c. la línea. Ahora bien, cada columna contiene unas 300 líneas.

En presencia de estas cifras nadie extrañará que cada número del *Times* con suplemento produzca de veinticinco á treinta mil francos de anuncios, que los beneficios anuales se eleven á mas de dos millones anuales, y que M. John Walters, su dueño principal, haya dado en dote á su hija la tercera página de anuncios de su periódico.

Recorriendo esos 1,068 *advertisements*, se echa de ver al punto por su moderación y clasificación que el anuncio es en Inglaterra una de las necesidades de la vida

social. Un análisis completo de ese número ofrecería un vivo interés; siento tener que limitarme á consignar aquí que hay pocas necesidades físicas, intelectuales y morales cuya satisfacción no se ofrezca en esas 34 columnas impresas en letra menuda. ¡De cuántos capítulos diferentes se componen, y cuántos artículos hay en cada capítulo! Vapores para todas las regiones del globo, sermones, limosnas, libros, criados, caballos, carruajes, ventas de todo género, artículos alimenticios, empleos de capitales, profesores, discípulos, maestros, aprendices, conciertos, bailes, teatros, soirées, etc., un mundo entero.

Si se quiere pasar de lo severo á lo divertido, no hay mas que fijar la atención en lo alto de la segunda ó de la tercera columna de la primera página; allí se insertan los anuncios destinados á excitar la curiosidad ó la risa. No encuentro mas que uno de ese género en el número que tengo en mis manos, y dice así:

«Si este anuncio llega á ser leído por R. T... que abandonó su domicilio el 24 de diciembre, verá que se le suplica vuelva al instante al lado de su hermana que está muy enferma.»

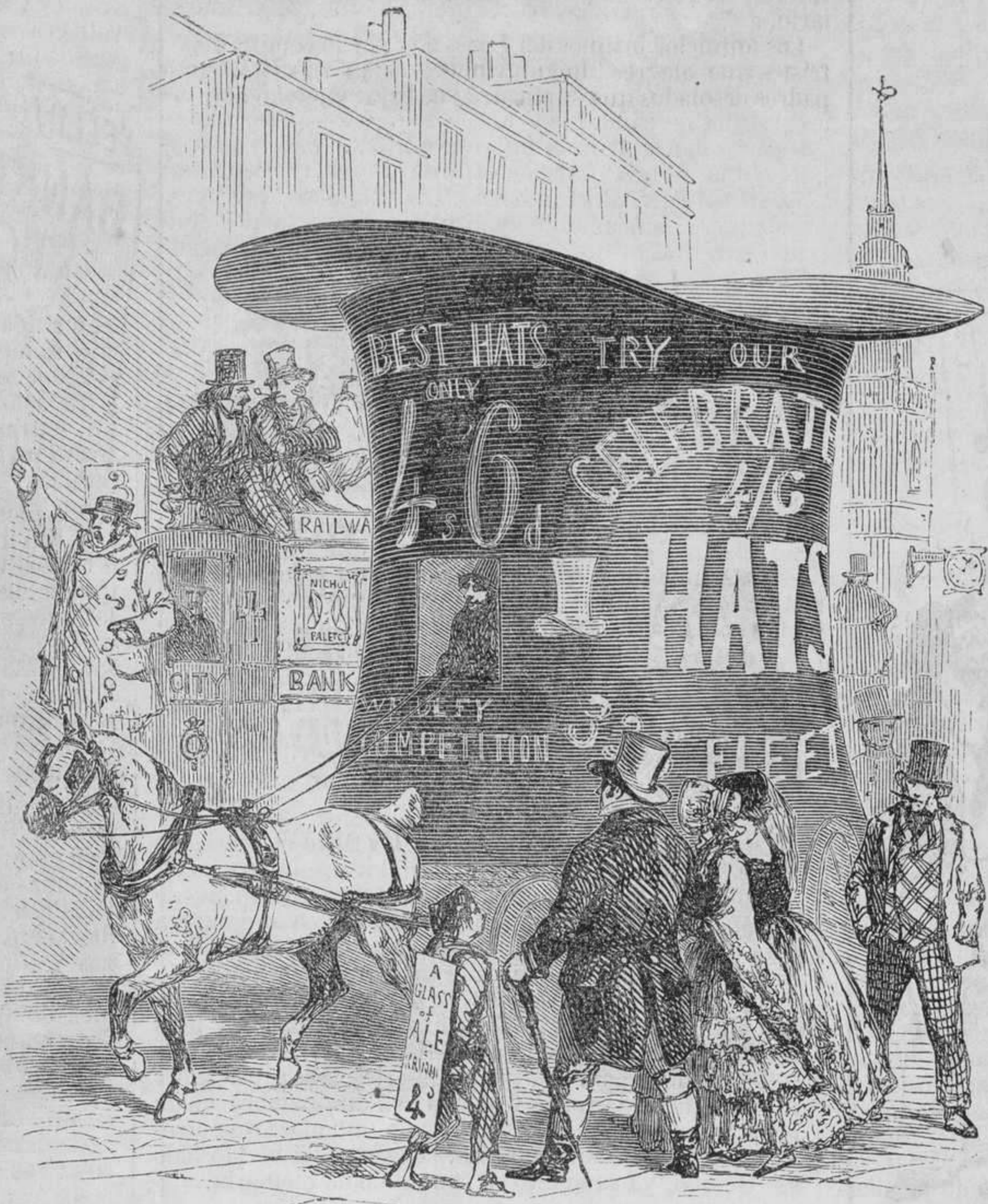
Pero he recogido una colección de anuncios íntimos, y voy á citar algunos de los mas curiosos:

«Todo va bien en el Brunswick.»

— (En francés.) María D. E. K. debe escribirme en seguida y venir á verme. (Normandía.)

— (En alemán.) Lucia de K. G. Paciencia y esperanza.

— Querida Emilia, vuestro abandono desgarró mi corazón. Volved, no me negueis este favor. Dirigid vuestra carta á A. K., Weymouth-Street, donde permaneceré un mes.



Curiosidades de Londres. — Anuncio de sombrerero.



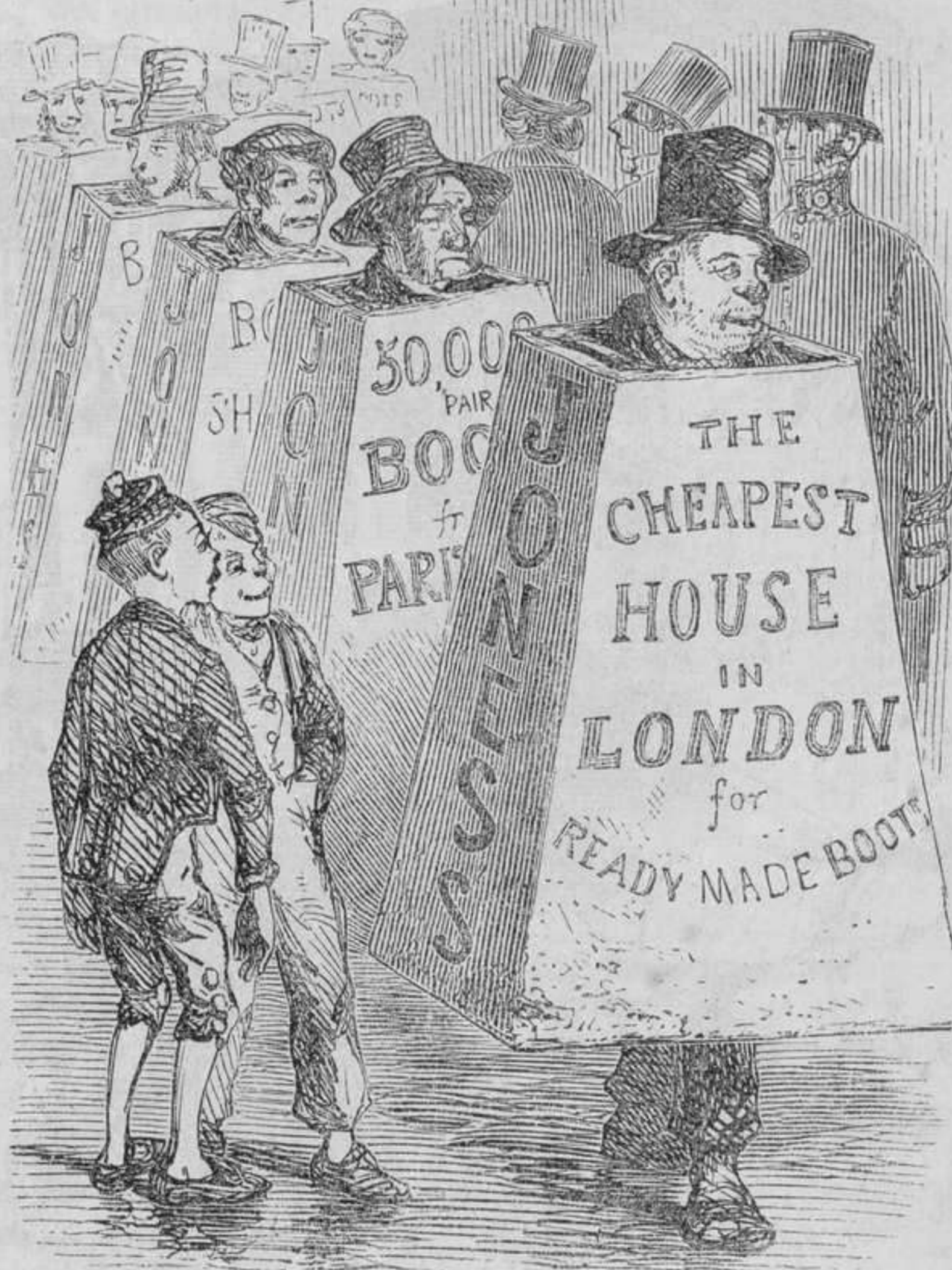
Londres. — Anuncio del London advertising office.



Londres. — Anuncios ambulantes.

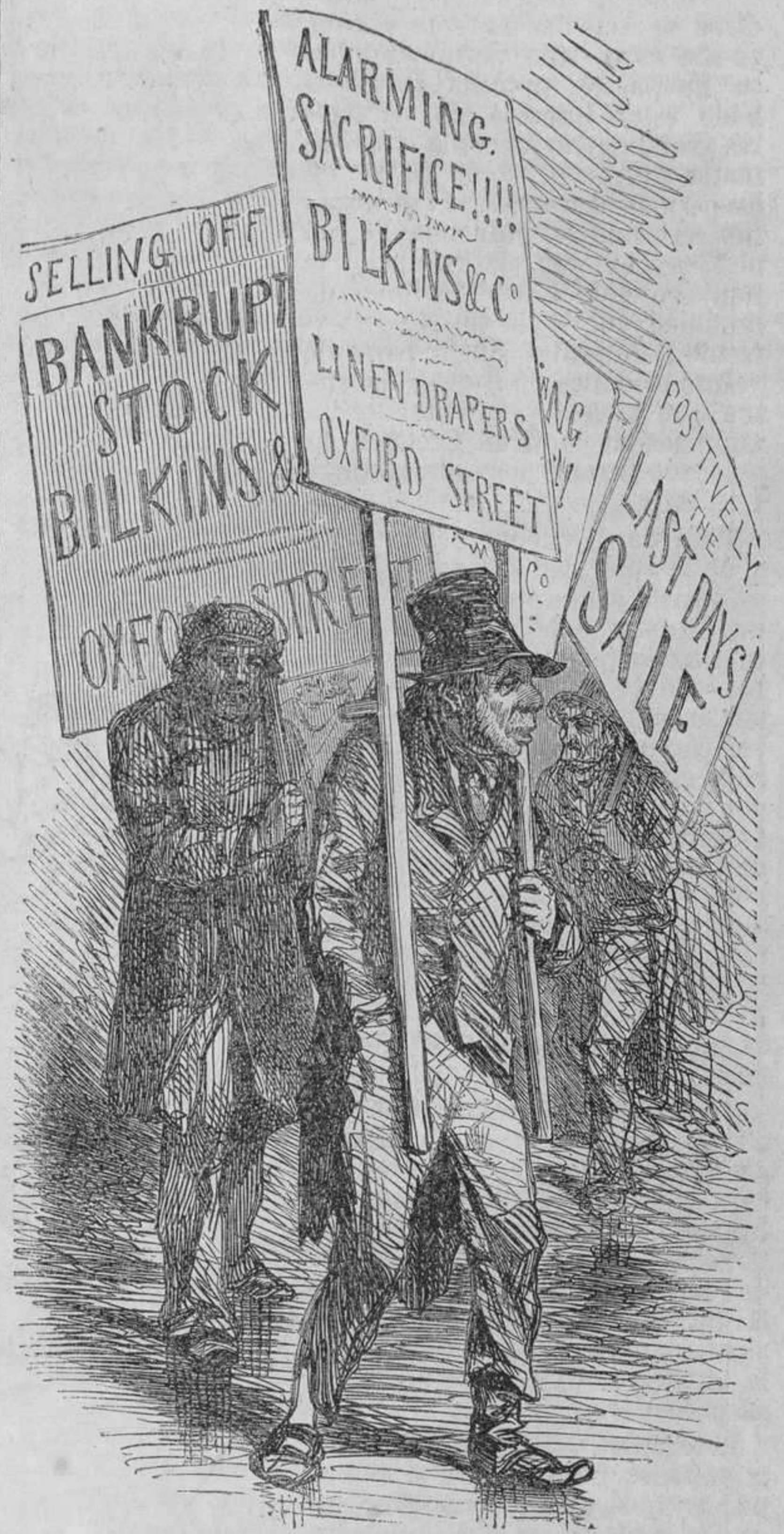
— E. E. ha recibido su perdón.
 — Todo va bien, pero cuidado, tratan de engañaros.
 Tomás llegó: Dios os bendiga.
 — P. está advertido de que E. P. no tiene ya dinero.
 Escribid pronto.

— Una señora de 33 años desea colocarse como dama de compañía, ó desea ponerse á la cabeza de la casa de un viudo. Ha vivido en la buena sociedad y puede dar los mejores informes. Como quiere tener un interior confortable, se contentará con un modesto salario. »
 Los anuncios íntimos del *Times* son por lo comun mas tristes que alegres. Regularmente están suscritos por padres desolados que suplican á sus hijos vuelvan al ho-



Londres. — Anuncio de zapatero.

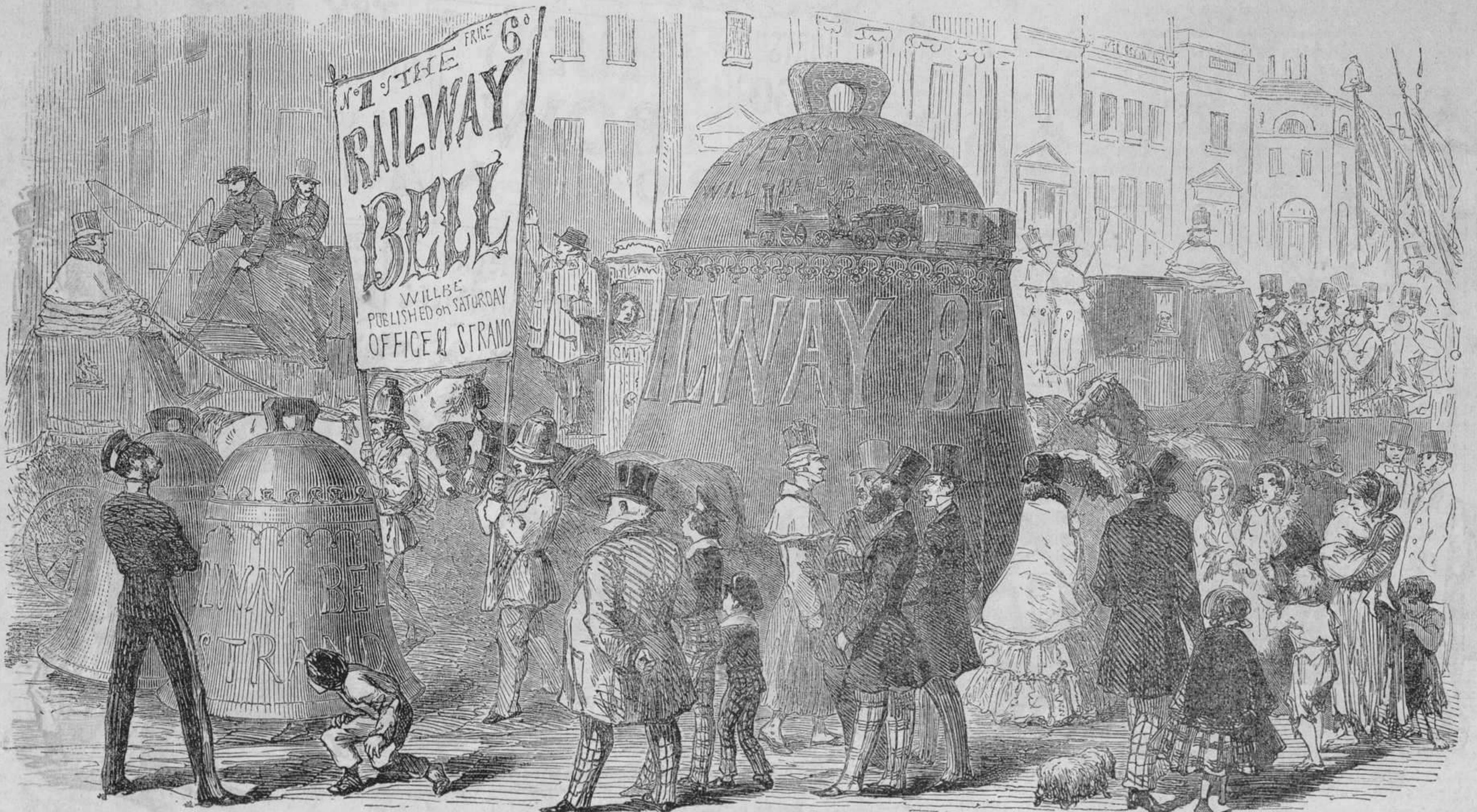
gar paterno. En algunos revela un dolor verdadero. —
 « Mi querido Carlos, escribe un padre á su hijo en otro número del diario, vuelve, y todo se te perdonará. Si supieras todo lo que quiero decirte de viva voz, no tardarías un solo instante, etc. »
 Y sin embargo, estos anuncios tiernos dan lugar á muchas chanzas. Durante mucho tiempo ha estado en boga el siguiente :



Londres. — Anuncios ambulantes.

« Mi querida hija, tus padres que te aman te esperan con impaciencia, ven á enjugar su llanto, etc., etc... Si no te decides á volver, al menos envíales la llave del cofrecillo de los licores. »

A. J.



Curiosidades de Londres. — Anuncio del periódico el *Railway-Bell*.

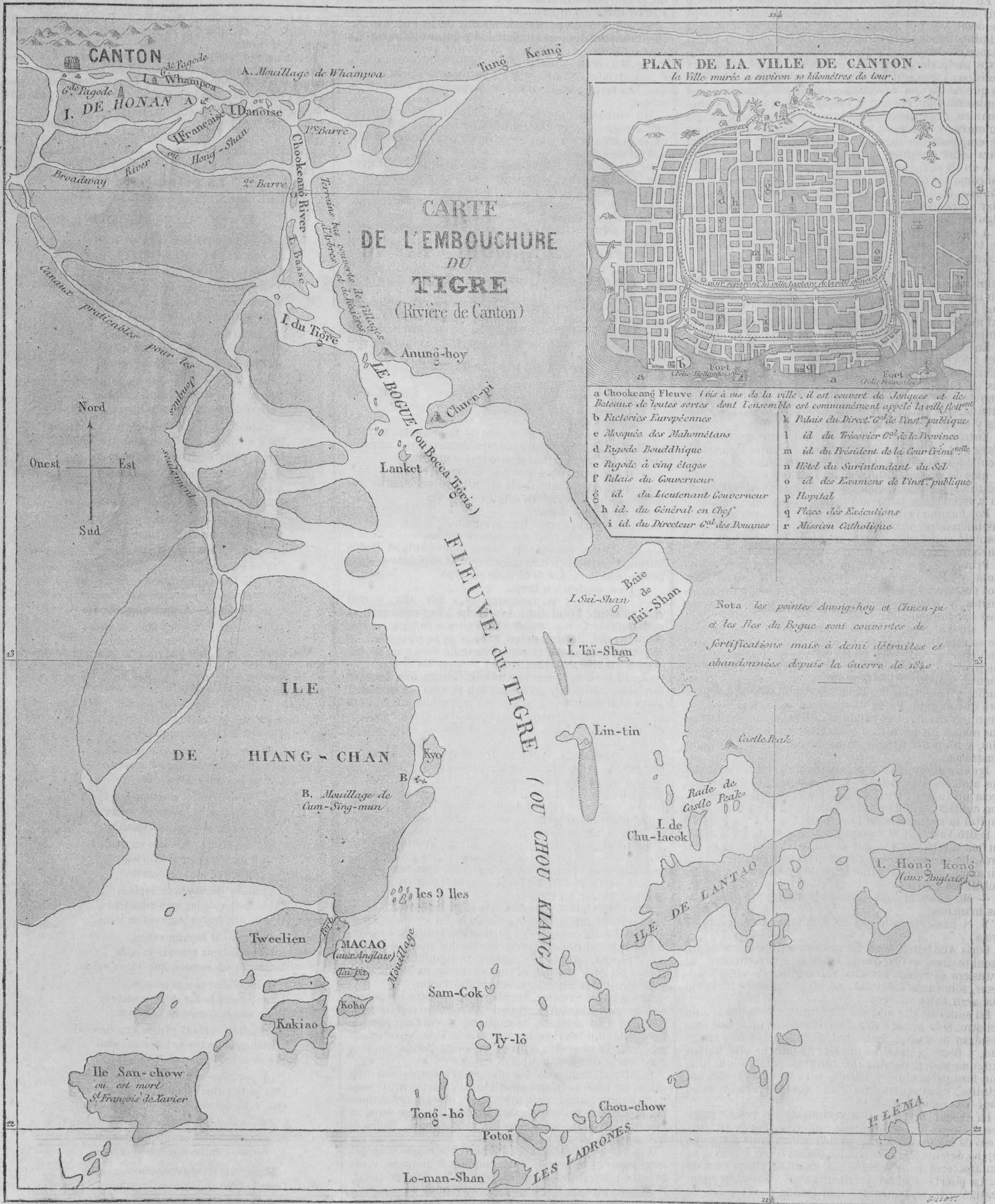
El río de Canton.

Como nada hace comprender mejor las operaciones de una guerra lejana que el estudio topográfico de los si-

tios donde tiene lugar, nos ha parecido útil publicar el mapa del río de Canton y el plano de esta ciudad importante ocupada hoy por las fuerzas aliadas de la Francia y de la Inglaterra.

El archipiélago interpuesto entre la orilla de tierra

firme donde está Canton y el mar de China propiamente dicho, se compone de una prodigiosa cantidad de islas, islotes y peñascos que los hidrógrafos europeos no han determinado todavía. Para levantar este mapa no se han tomado por guías las cartas recientes que tienen la pre-



tension de describir la infinidad de canales y de rios comprendidos entre las dos grandes arterias que conducen a Canton; pero si se ha tratado de trazar con toda exactitud estas dos vias principales; el rio de las Perlas y el Hiang-Chan.

En cuanto al plano de Canton se ha levantado en presencia de los documentos auténticos recogidos sobre los lugares algun tiempo antes de la guerra, y debe considerarse como perfectamente exacto en su conjunto, salvo las modificaciones que el incendio de 1856, las re-

construcciones posteriores y el último asalto han podido ocasionar. — Próximamente daremos una serie de dibujos interesantes sobre las operaciones que han dado la posesion de Canton a las fuerzas aliadas.

E. P.

Novelas rusas.

UNA AMISTAD A TODA PRUEBA.

En la primavera del año 184... un jóven de veinte y seis años llamado Boris Andreitch Viasovnine acababa de dejar sus funciones oficiales para consagrarse á la administracion de los dominios que su padre le habia legado en una de las provincias de la Rusia central. Motivos particulares decia él que le obligaban á tomar esta decision, y estos motivos no eran agradables. Lo cierto es que de año en año aumentaban sus deudas, y sus rentas seguian el camino opuesto. Ya no podia continuar en el servicio viviendo en la capital como hasta entonces, y aunque con dolor renunciaba á su carrera de empleado, la razon le prescribia volver á su aldea para poner en órden sus negocios.

A su llegada encontró su hacienda en el peor estado, así como sus cortijos y su casa. Principió por tomar otro *starosse*, disminuyó los salarios de su gente, mandó limpiar un pequeño aposento en el cual se instaló, y clavar algunos tablones en la techumbre llena de goteras.

A esto se limitaron sus primeras disposiciones; antes de tomar otras necesitaba examinar atentamente sus recursos y la verdadera situacion de sus dominios.

Concluida esta tarea preliminar se consagró á la administracion de su patrimonio, pero lentamente, como un hombre que desea distraerse prolongando el trabajo que ha emprendido. Aquella vida rústica le enojaba de tal modo, que con frecuencia se hallaba apurado para emplear las largas horas del día.

En la vecindad habitaban algunos hacendados á quienes no veia, no porque desdeñase frecuentar sus relaciones, sino porque no habia tenido ocasion de entablarlas. Al fin por el otoño la casualidad le hizo conocer á uno de sus vecinos mas cercanos, Pedro Vasilitch Kruptzine, que habia servido en un regimiento de caballeria y se habia retirado con el grado de alférez.

Entre los labradores de Boris Andreitch y los del alférez Pedro Vasilitch, existian hacia tiempo algunas dificultades sobre la reparticion de dos trozos de prados, y mas de una vez el terreno en litigio ocasionó actos de hostilidad entre los bandos. La animosidad crecia de punto y amenazaba tomar un carácter grave.

Por fortuna Pedro Vasilitch, que habia oido hablar de las buenas prendas y sentimientos pacíficos de Boris, resolvió someterle la solucion de aquella diferencia, idea que vino á producir los mejores resultados.

Primeramente la decision de Boris puso fin á la disputa, y luego con motivo de este arreglo los dos vecinos entraron en buenas relaciones, se hicieron muchas visitas, y por último llegaron á vivir como hermanos casi constantemente.

Y sin embargo, en su exterior como en la naturaleza de su espíritu, habia entre ellos poca analogía. Boris, que no era rico, pero cuyos padres lo fueron en otro tiempo, habia sido educado en la universidad brillantemente. Hablaba muchas lenguas, era aficionado al estudio, y poseia, en fin, todas las cualidades de un hombre distinguido. Pedro Vasilitch por el contrario apenas pronunciaba algunas palabras de francés, no tomaba en sus manos un libro sino cuando se veia casi obligado á ello, y no podia figurar en la categoria de las personas ilustradas.

Iguals diferencias se observaban en el exterior de los dos amigos. Alto, delgado y de cabello rubio, Boris parecia un inglés; tenia el aseo por costumbre, se vestia con cuidado, y habia conservado en su aldea como en la capital la coqueteria de la corbata.

Pedro Vasilitch era pequeño y un tanto rechonecho. Su tez estaba curtida por el sol, sus cabellos eran negros. Lo mismo en el invierno que en el verano llevaba un ancho paletó de paño color de bronce, con grandes bolsillos á los lados.

— Me gusta el color bronceado, decia, porque oculta las manchas.

Y el caso era que no las ocultaba tanto como él creia.

Boris Andreitch tenia los gustos gastronómicos de un hombre fino. Pedro comia cuanto le presentaban. El *kwas* era su bebida favorita. En cuanto á los vinos franceses, sobre todo los tintos, no los podia sufrir, y decia que eran todos vinagre.

En suma los dos vecinos eran muy diferentes el uno del otro. Solo habia entre ellos una semejanza, que ambos eran honrados. Pedro habia nacido con esta cualidad, y Boris la habia adquirido. Ni uno ni otro tenian ninguna pasion dominante, ninguna inclinacion, ningun lazo particular, y en fin, para terminar estos dos retratos, añadiremos que Pedro contaba siete ú ocho años mas que Boris.

La existencia de los dos vecinos en sus retiros campestres se pasaba de un modo uniforme. Por la mañana á eso de las nueve Boris, vestido ya con una bata que dejaba descubierta una camisa blanca como la nieve, se sentaba cerca de la ventana con un libro y una taza de té. La puerta se abria y entraba Pedro Vasilitch en su negligé ordinario. Su aldea solo distaba media versta de la de su amigo, y muchas veces no volvia, se quedaba á dormir en casa de Boris.

— Buenos días, decian los dos al mismo tiempo; ¿cómo habeis pasado la noche?

Entonces Teodoro, un criado de quince años, vestido de casaca y con la cabellera rizada, traia á Pedro la bata de tela tosca que se habia mandado hacer en el pueblo. Pedro principiaba por soltar un grito de satisfaccion,

luego se ponía la bata, y despues se echaba una taza de té y preparaba su pipa.

En seguida se entablaba la conversacion, una conversacion poco animada y cortada con largos intervalos de reposo. Los dos amigos hablaban de los incidentes de la víspera, de la lluvia y del sol, de las faenas del campo, del precio de las cosechas, y á veces de sus vecinos y de sus vecinas.

Al principio de sus relaciones con Boris, Pedro se habia creído obligado por urbanidad á preguntarle alguna cosa sobre el movimiento y la vida de las grandes ciudades, así como tambien sobre varios puntos científicos é industriales, y aun sobre cuestiones bastante elevadas. Las respuestas de Boris le sorprendian y le interesaban.

Sin embargo muy luego se cansó de esta investigacion; poco á poco fué renunciando á ella, y Boris no experimentaba un gran deseo de excitar tales curiosidades en su ánimo.

De cuando en cuando solia suceder que el campesino se descolgaba de repente con una pregunta como esta:

— Boris, decidme lo que es el telégrafo eléctrico.

Boris le explicaba con la mayor claridad posible esta invencion maravillosa, y Pedro, que no habia comprendido una palabra, exclamaba con sorpresa:

— ¡Es extraordinario!

Y luego cerraba la boca y en mucho tiempo no se atrevia á suscitar la explicacion de otro problema científico.

Si se desea saber cuál era la conversacion ordinaria entre aquellos dos hombres, hé aquí una muestra:

Pedro que habia mantenido en su paladar el humo de su pipa, le despedia en bocanadas impetuosas y decia á su amigo:

— ¿Quién es esa jóven que he visto hace poco á vuestra puerta?

Boris aspiraba el humo de su cigarro, tomaba una cucharada de té frio y decia:

— ¿Qué jóven?

Pedro se inclinaba al marco de la ventana, miraba en el corral el perro que ladraba detrás de un muchacho con las pantorrillas desnudas, y añadia:

— Una jóven rubia que por cierto no es fea.

— ¡Ah! exclamaba Boris al cabo de un rato de silencio; es otra lavandera que he tomado.

— ¿De dónde viene?

— De Moscou, donde ha aprendido.

Despues de esta respuesta nueva pausa.

— ¿Cuántas lavanderas teneis? preguntaba Pedro mirando con atencion el tabaco que se encendia y chispeaba bajo la ceniza dentro de su pipa.

— Tres, contestaba Boris.

— ¡Tres! Pues yo no tengo mas que una, y casi siempre está con los brazos cruzados. Ya sabeis cuál es su tarea.

— ¡Hum!... murmuraba Boris.

Y aquí se acababa la conversacion.

De esta manera pasaban el tiempo los dos amigos hasta la hora del almuerzo. Pedro almorzaba siempre con buen apetito, y decia que era preciso sentarse á la mesa á las doce, y efectivamente se sentaba tan contento y lleno de tan buenas disposiciones, que su aspecto habria bastado para regocijar el humor astronómico de un alemán.

Boris Andreitch tenia gustos muy moderados en la comida. Se contentaba con una costilla, un pedazo de pollo ó un par de huevos pasados por agua. Pero eso sí, sazonzaba sus comidas con ingredientes ingleses dispuestos en elegantes pomitos que le costaban muy caros. Aunque este aparato británico le causaba cierta repugnancia, creia no poder prescindir de su uso.

Entre el almuerzo y la comida, si el tiempo estaba bueno, los dos vecinos iban á visitar las granjas ó se paseaban ó acudian á presenciar cómo domaban los potros. A veces Pedro conducia á su amigo á su aldea y le hacia entrar en su casa.

Esta casa vieja y pequeña mas parecia la choza de un criado que una habitacion de amo. En su techumbre de paja donde habia nidos de muchas familias de pájaros, crecia un musgo verde. De los dos cuerpos de que se componia, ambos de madera y reunidos estrechamente en otro tiempo, el uno se inclinaba hácia atrás y el otro hácia un lado amenazando ruina.

Triste en su exterior, la casa no presentaba un aspecto mas agradable interiormente. Pero Pedro con su tranquilidad y su modestia de carácter, se cuidaba poco de lo que llaman los ricos los gozes de la vida, y se regocijaba con la posesion de una vivienda donde pudiera guarecerse de la intemperie.

Estaba al frente de los quehaceres domésticos una mujer de unos cuarenta años llamada Marta, muy honrada y muy buena, pero muy torpe, que sin cesar rompía los cacharros y rasgaba la ropa, sin que supiera sazonzar un plato de un modo conveniente. Pedro le habia puesto el apodo de Calígula.

A pesar de su escasez de fortuna, Pedro era hospitalario hasta el extremo; daba comidas á menudo, y sobre todo se esforzaba en obsequiar á su amigo Boris. Pero por culpa de Marta que en el ardor de su celo corría impetuosamente como una ardilla á riesgo de romperse la cabeza, la comida del pobre Pedro se componia por lo comun de un trozo de pescado salado y de un vaso de aguardiente muy bueno, decia él, *contra* el estómago.

Para evitar todo esto Boris llevaba con mas frecuencia á Pedro á su casa despues del paseo; Pedro comia con igual apetito que habia almorzado, y luego se retiraba á

dormir la siesta; entre tanto Boris leia los últimos periódicos que habian llegado.

Por la noche los dos amigos se reunian en la sala y á veces jugaban á los naipes, si no es que proseguian su conversacion indolente. Solia suceder tambien que Pedro descolgaba la guitarra y se ponía á cantar con una voz de tenor bastante agradable. Era aficionado á la música con un gusto mas decidido que Boris, que no podia pronunciar el nombre de Beethoven sin un trasporte de admiracion, y que habia encargado un piano á Moscou.

En cuanto se sentia inclinado á la tristeza ó á la melancolía, entonaba una de las canciones de su regimiento, acentuando sobre todo ciertas coplillas picarescas; Boris trataba de acompañarle á veces, pero su voz no era armoniosa.

(Se continuará.)

La primavera.

LA INOCENCIA. — LA VIRTUD.

Bellos los años son, bella es la vida
En aquella feliz edad de flores
En sueños de inocencia adormecida;

Cuando el alma no tiene sinsabores,
Y cuando el corazon aun no ha pagado
Tributo de dolor á los dolores;

Cuando vive feliz y sin cuidado;
Muestra de lo que el hombre ser podia,
Muestra de lo que fué sin el pecado.

Mas; ah! que la inquietud y la agonía,
Aun no traspuesta la infeliz infancia,
No nos dejan un punto de alegría.

¡Saber!... necia ambicion, vana arrogancia;
Pues cuanto mas el hombre en él se empeña,
Mas se cubre de luto y de ignorancia.

¿Qué difícil estudio nos enseña
A cegar el abismo tenebroso
Por donde nuestra vida se despeña?

¿Es por ventura el sabio mas dichoso?
Y el que la suerte á las riquezas lanza,
¿Cuenta muchos instantes de reposo?

Y la esperanza, en fin... ¿Qué es la esperanza,
Mas que la dolorosa resistencia
Que hacemos al pesar que nos alcanza?

¡Difícil inquietud, triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿Por qué este afán tenemos á una vida
Tan llena de amargura y desengaños?...

La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.

El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo...
Y toda la ilusion desaparece.

Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría,
Y llegan el dolor y el desconsuelo.

Y lento llega y perezoso un día,
Y otro día tambien; y todo llega
Sin término poner á su agonía.

El amor engañado se repliega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega.

Si lozano el espíritu resiste,
En vano intenta renovar la vida
Dentro de un corazon que ya no existe.

Así felicidad la mas querida,
La que fuera la luz de la existencia
Es de nosotros mismos homicida.

¡Infalible verdad! ¡Triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿No es la virtud la amiga bienhechora
Que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor que nos devora?
Si llora con nosotros... ¡qué dulzura
No derrama en las lágrimas que llora!

Mágica luz de nuestra vida oscura,
Destello tibio, misterioso y santo,
Que sigue al sol de la inocencia pura.

Ella nos cubre con su hermoso manto;
Ella el afán mitiga y el desvelo;
Ella nos presta inagotable encanto.

Ella que es inmortal, porque es del cielo,
Cuando á morir la muerte nos inclina,
Nos llena de esperanza y de consuelo.

Siempre á la par de nuestro bien camina,
Y despues de esta vida transitoria,
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

Ella llena de luz nuestra memoria;
Ella en brillantes páginas escribe
De la vida fugaz la breve historia,

Y solo, ¡oh Dios! para nosotros vive,
Y solo, solo con cuidados paga
Los muchos desengaños que recibe.

¡Quién no será feliz si ella lo halaga!
¿Dónde se halla el placer, dó la ventura,
Que como la virtud nos satisfaga?

Virtud, santa virtud, tu llama pura
Alumbra con sus vívidos fulgores
La triste imágen de mi vida oscura.

Tú sabes mitigar mis sinsabores,
Tú, y el recuerdo de la edad primera,
Fanal que guarda deliciosas flores.

Aurora de tranquila primavera,
Sonrisa del placer mas inocente,
Que fuera nuestro bien si eterna fuera.

Entonces que la vida dulcemente,
Al torpe engaño y la ambicion extraña,
La mansa paz de la inocencia siente;

Entonces que al espíritu no engaña
El afan de la vida, ni el tormento
De la envidia maléfica le daña;



Entonces que discurre el pensamiento
Por campos en verdura siempre iguales
Sin pena, ni temor, ni sentimiento;

Entonces que los labios virginales
Recogen con espléndida dulzura
La pasión de los besos maternos,

Y el alma coronada de hermosura
Entre Dios y los hombres se levanta,
Emblema hermoso de inocencia pura.

Inocencia feliz que nos encanta,
Virtud que á ser felices nos enseña
Y al bien dirige nuestra torpe planta.

Flores, oh Dios, que en destrozarse empeña
El revuelto tropel de las pasiones
Por donde nuestra vida se despeña.

Mas los grandes y hermosos corazones
A la virtud y á la inocencia fian
Sus castas y queridas ilusiones.

Que la virtud y la inocencia envían
Consuelo al mal, y luz á la ignorancia
De los que á su grandeza se confían.

Llenos de vuestra tímida fragancia,
Venid á perfumar mi pensamiento,
Dulcísimos recuerdos de la infancia.

Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvarios;
Brille en mi corazón tu sentimiento;
Brille en mi vida, y en los versos míos.

JOSÉ SELGAS.